

# Santo Tomás, apóstol

3 de julio

Lo que sabemos del apóstol santo Tomás se lo debemos sobre todo al cuarto evangelista. Fue Tomás quien invitó a los otros apóstoles a marchar con Jesús a Judea, dispuesto a morir con él (Jn 11,16). Fue la pregunta de Tomás la que provocó a Jesús a que se definiera: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,5ss). Por último, fue Tomás quien con su incredulidad nos ayuda a consolidar nuestra adhesión a Jesús, con una profesión de fe muy clara: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,24-29).

El martirologio de san Jerónimo en el siglo VI recuerda la traslación del cuerpo de Tomás a Edesa (Siria, actualmente Turquía), el 3 de julio.

## LECTIO

### Primera lectura: Efesios 2,19-22

<sup>19</sup> Por tanto, ya no sois extranjeros o advenedizos, sino conciudadanos dentro del pueblo de Dios; sois familia de Dios, <sup>20</sup> estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular <sup>21</sup> en quien todo el edificio, bien trabado, va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor <sup>22</sup> y en quien también vosotros vais formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios.

➔ El misterio de Cristo y el de la Iglesia están íntimamente conectados para el apóstol Pablo. Cristo es nuestra paz: en él, todos, tanto los lejanos (los paganos) como los cercanos (los judíos), encuentran el camino de la reconciliación y de la unidad. Ya no hay dos pueblos, sino uno sólo; ya no hay separación entre gente diferente, sino unidad entre semejantes. Todo eso es don de Dios Padre, por medio de Cristo Señor, en el Espíritu Santo.

En este contexto, el apóstol imagina la Iglesia como un gran edificio, un templo santo, la «*morada de Dios*». Los «*cimientos*» de este edificio, en el que están todos y viven como «*conciudadanos dentro del pueblo de Dios*», como «*familia de Dios*», son los apóstoles y los profetas. Sin embargo, la «*piedra angular*» es Cristo Jesús: él es la clave de bóveda que consolida el conjunto, y en él todo el edificio encuentra su trabazón y puede crecer de una manera ordenada.

Desde esta perspectiva cristológica, la doctrina eclesiológica de Pablo asume una claridad absolutamente particular. En ella la presencia, el papel y el ministerio de los apóstoles resaltan con toda su importancia. La Iglesia de Cristo es, por consiguiente, una, santa, católica y apostólica, y lo es en el sentido de que, en ella, los apóstoles, por voluntad de Dios y por elección histórica de Jesús, constituyen el fundamento de la comunidad de los creyentes.

## **Evangelio: Juan 20,24-29**

<sup>24</sup> Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban «El Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. <sup>25</sup> Le dijeron, pues, los demás discípulos:

–Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

–Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

<sup>26</sup> Ocho días después, se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

<sup>27</sup> Después dijo a Tomás:

–Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.

<sup>28</sup> Tomás contestó:

–¡Señor mío y Dios mío!

<sup>29</sup> Jesús le dijo:

–¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto.

➡ Se ha afirmado con razón que, para nuestra fe, tal vez haya sido más importante la incredulidad de Tomás que la creencia de los otros apóstoles. Resulta paradójico, ¡pero es verdad!

Debemos considerar como cierto que si Tomás hubiera estado con los otros discípulos en el momento de la primera aparición de Jesús, es posible que no hubiera sucumbido en una crisis de fe. Sin embargo, al mismo tiempo, con este recuerdo, el evangelista Juan abre ante nosotros una nueva pista para llegar a la experiencia liberadora de la fe en Jesús resucitado. En efecto, cuando Jesús se aparece a sus discípulos por segunda vez, se dirige directamente a Tomás y le pide que realice el camino de búsqueda y de descubrimiento que antes habían realizado sus «colegas». Esta vez, Tomás se vuelve disponible y se vuelve dócil al mandamiento del Señor y llega a un acto de fe límpido y transparente: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28).

Jesús pronuncia la bienaventuranza que sigue (v. 29), no tanto por Tomás como por nosotros: la situación histórica cambia por completo, pero el itinerario es siempre el mismo. Llegamos a la fe mediante *un acto de abandono total* en Jesús muerto y resucitado.

## MEDITATIO

El suceso acontecido a Tomás centra por completo nuestra atención, por el simple motivo de que esta página evangélica termina con una «bienaventuranza» que nos concierne personalmente a todos: «*Dichosos los que creen sin haber visto*».

A buen seguro, hablando humanamente, el acto de fe, para ser razonable –digo «razonable», no «racional»–, necesita algunos signos, y Tomás está dispuesto a pedirlos explícitamente. Desde este punto de vista, tal vez la suya no pueda ser definida como una crisis de fe, sino más bien como una apasionada y sufrida *búsqueda* de un acto de fe que sea, al mismo tiempo, respetuoso con el hombre y devoto con Dios. Y cuando al final Tomás accede al acto de fe, el apóstol se abandona por completo a Aquel que se ha manifestado claramente. Por consiguiente, no había en él ningún prejuicio o incertidumbre: se trataba sólo de cerciorarse del hecho histórico de la resurrección de Jesús con un método experimental, el único que está al alcance de todos, incluso de los más sencillos. Ver para creer fue la exigencia del apóstol Tomás. Ver, tocar y palpar fue el itinerario que recorrió para reconocer la plena identidad entre el Señor resucitado y Jesús de Nazaret. Creer sin ver, sin tocar, sin palpar, es la situación en la que nosotros nos encontramos, nuestra bienaventuranza.

## ORATIO

«Vamos también nosotros a morir con él.»

«Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?»

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos... no creeré.»

«¡Señor mío y Dios mío!» «¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto».

## CONTEMPLATIO

De la incredulidad al éxtasis: éste es el camino de Tomás y, también, el de esa parte de nosotros que todavía no se rinde a la resurrección y a lo invisible. Tomás quiere garantías porque ha comprendido algo: si Jesús está vivo, su vida cambia. Si Jesús está vivo, entonces el Evangelio es verdadero. Y el Evangelio toma toda la vida.

Y Jesús no le hace ningún reproche, sino que le dice: «*Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado*», porque no es un fantasma. No es una proyección de mis deseos, no es un fruto imaginario de mi corazón, no es el hijo de una ilusión. Hay un agujero en sus manos, donde puede entrar el dedo de Tomás; hay una lanzada, en la que puede entrar una mano.

Y le doy las gracias a Tomás porque también yo necesito que Jesús no sea un fantasma. Y en la mano de Tomás están todas nuestras manos. Las de los que creemos sin haber tocado porque otros lo han hecho. Lo dice Juan con orgullo: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida, [...] lo que hemos visto y oído os lo anunciamos» (1 Jn 1,1-2).

Fe de manos que ha atravesado el corazón. Tomás no busca el camino para creer en ningún signo de poder, sino simplemente en las llagas: el agujero de las manos, el costado abierto, imágenes embriagadoras del amor de Dios. Y con Tomás empieza la historia de los enamorados de las heridas de Cristo, como Francisco de

Asís o Catalina de Siena u otros más cercanos a nosotros (Ermes M. Ronchi).

## ACTIO

Repite y medita durante el día estas palabras de fe:  
«¡Señor mío y Dios mío!».

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es uno de los principales capítulos de la doctrina católica, contenido en la Palabra de Dios y enseñado constantemente por los Padres, que el hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios y que, por tanto, nadie puede ser forzado a abrazar la fe contra su voluntad. Porque el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza, ya que el hombre, redimido por Cristo Salvador y llamado en Jesucristo a la filiación adoptiva, no puede adherirse a Dios, que a ellos se revela, a menos que, atraído por el Padre, rinda a Dios el obsequio racional y libre de la fe.

Está, por consiguiente, en total acuerdo con la índole de la fe el excluir cualquier género de imposición por parte de los hombres en materia religiosa. Por consiguiente, un régimen de libertad religiosa contribuye no poco a favorecer ese estado de cosas en el que los hombres puedan ser invitados fácilmente a la fe cristiana, a abrazarla por su propia determinación y a profesarla activamente en toda la ordenación de la vida (Concilio Vaticano II, *Dignitatis humanae*, 10).

# Santa María Goretti

6 de julio

María Goretti nació en Corinaldo (Italia), hija de Luigi Goretti y Assunta Carlini, el 16 de octubre de 1890. Fue bautizada el 17 de octubre en la iglesia de San Francisco, en Corinaldo, y recibió los nombres de María y Teresa. El 12 de diciembre de 1896, la familia Goretti se trasladó desde Corinaldo a Colle Granturco, en las proximidades de Paliano, y, más tarde, en febrero de 1899, a Le Ferriere di Conca, en la Cascina Antica, hoy Borgo Montello (Latina).

Fue agredida y herida de muerte por Alessandro Serenelli el 5 de julio de 1902, a las tres y media de la tarde. Murió y fue sepultada en Nettuno, a la edad de once años, el 6 de julio de 1902, a las tres y media de la tarde. El proceso informativo fue iniciado en Albano el 31 de mayo de 1935. Pío XII reconoció la autenticidad del martirio de María el 25 de marzo de 1945. La declaró beata el 27 de abril de 1947, y santa, el 24 de junio de 1950.

## LECTIO

### **Primera lectura: 1 Corintios 1,26-29; 2,14**

<sup>1,26</sup> Y si no, hermanos, considerad quiénes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles.

<sup>27</sup> Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes; <sup>28</sup> ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo, para anular a quienes creen que son algo. <sup>29</sup> De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. <sup>2.14</sup> El hombre mundano no capta las cosas del Espíritu de Dios. Carecen de sentido para él y no puede entenderlas, porque sólo a la luz del Espíritu pueden ser discernidas.

➔ La primera carta dirigida por Pablo a los cristianos de Corinto se abre con una exhortación destinada a recomponer en la unidad las divisiones que marcan aquella comunidad (1 Cor 1,10-16), originadas por la contraposición de grupos que se jactan, respectivamente, de este o de aquel evangelizador. El apóstol les recuerda a todos que la salvación no procede de los méritos ni en virtud de las capacidades personales de cada uno, sino únicamente gracias a Jesucristo (*cf.* 1,17ss), el cual ha redimido a todos muriendo en la cruz, patíbulo infamante por antonomasia. Carece, por consiguiente, de sentido que los cristianos, seguidores del Crucificado, busquen gratificaciones y complacencias en la sabiduría y en el poder humanos. Por lo demás, una mirada a la historia personal de los corintios les hará comprender *el paradójico, aunque coherente, obrar de Dios*: precisamente ellos, que no podían reivindicar títulos ni por sabiduría, ni por poder, ni por nobles nacimientos, han sido llamados por el Señor a fin de ser sus discípulos. Precisamente gracias a esos a quienes la mentalidad humana juzga despreciables e ineptos, manifiesta Dios de modo inequívoco su señorío, su grandeza.

Se lleva a cabo, por tanto, una inversión: lo que aparentemente tiene consistencia se muestra vano; lo que parece carecer de valor se convierte en instrumento de la revelación de Dios (1,26-28). En consecuencia, es absurdo atreverse a jactarse de cualquier cosa ante Dios (v. 29). Se trata, a buen seguro, de una lógica incom-

previsible y hasta loca para quien vive animado por criterios meramente humanos; sin embargo, es profundamente sabia para aquellos que reciben el Espíritu de Dios y se dejan iluminar por él (2,14).

## Evangelio: Juan 12,23-25

<sup>1</sup> En aquellos tiempos, <sup>23</sup> Jesús dijo a sus discípulos:

–Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. <sup>24</sup> Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante. <sup>25</sup> Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna.

➔ El contexto inmediato del pasaje joánico es la petición que algunos griegos presentes en Jerusalén con ocasión de la Pascua le habían hecho a Felipe: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,20ss). Esta petición, presentada al Maestro de Galilea por Felipe y Andrés (los apóstoles de nombre griego), hace comprender a Jesús que ha llegado la «hora» decisiva (v. 23), el momento de la manifestación definitiva del amor del Padre, que quiere que todos los hombres –no sólo los israelitas– se salven (cf. Hch 10,34ss; 1 Tim 2,3ss).

La conciencia de la vida abundante para cada criatura, una vida que brota de su libre obediencia al proyecto salvífico del Padre, Jesús la expresa mediante la comparación con el «grano de trigo» (v. 24). Del mismo modo que un grano sembrado en tierra, al morir, da origen a los muchos granos de la espiga, así Jesús, al morir en la cruz, engendra a la comunión con el Padre a todos los que creen en él. En comunión con Jesús, también los discípulos participarán del fruto sobrea-bundante de la muerte del Maestro, experimentando la

paradoja de la multiplicación de la vida que se les da (cf. Jn 15,1-5).

En el v. 25, se declara en términos antitéticos (vive preocupado / no se aferre excesivamente; la perderá / la conservará) la suerte que sigue a la elección que todo discípulo está invitado a realizar: retener la vida para sí mismo, y en este caso nos enseña la experiencia que ésta se vacía, se envilece; o entregar la vida a ejemplo del Maestro, abriéndose a los demás en el amor, y entonces se vuelve fecunda y la recibimos enriquecida. A la humillación de la muerte le corresponde la exaltación de la glorificación (cf. Jn 12,26). El evangelista nos guía a comprender que la «hora» de la pasión-muerte-resurrección es el momento en el que los dos movimientos encuentran su síntesis eficaz: en Jesús crucificado aparece la gloria de Dios y se revela la fecundidad de su don: amor hasta el final (cf. Jn 13,1ss; 17,1ss).

## MEDITATIO

En la historia de María Goretti resplandecen los textos bíblicos con una actualidad luminosa e iluminadora. María nació en el seno de una familia convencida de que la vida, aunque sea pobre y dura, es un don de Dios. Día tras día, en medio de la humilde fe de los puros y de los sencillos, fue creciendo en ella una convicción. La respuesta más bella a la «vida como don» es vivirla como entrega a Dios y a aquellos a quienes Dios pone en nuestro camino. Con una peculiaridad esencial: el secreto de la entrega a los otros en plenitud está en dejar a Dios la posibilidad de «hacernos»-«recrearnos» como don. El «Don» por excelencia, en la tradición de la Iglesia, es el Espíritu Santo. María Goretti, de manera análoga a María de Nazaret, se dejó habitar por el Don y apareció como entrega.

La belleza interior de María Goretti se ha revelado en su testimonio de virgen y mártir. La gracia del Espíritu y la belleza de la santidad de Dios se expresan asimismo como inocencia respecto al mal y al pecado. De ahí que María Goretti prefiriera permanecer en la amistad con Dios, aun a costa de su propia vida. La confiada invocación a él como Padre, único aliado y refugio frente a la ciega violencia de los hombres, es el grito de la genuina fe bíblica. La convicción profunda de que el mal, en apariencia señor del mundo, no conseguirá la victoria definitiva sobre el bien es, en María Goretti, una visión clara de la historia de la salvación.

Estos pensamientos pueden parecer una reflexión piadosa. La fe y la fidelidad de María Goretti van, no obstante, mucho más allá. Iluminan no sólo su presente y su futuro de víctima sacrificial; le sugieren que la misericordia de Dios tiene siempre una última palabra que decir tanto al primero como al último de los hijos de Caín: que su sangre, unida misteriosamente a la sangre de Dios, recaiga como invitación a la conversión sobre el agresor. La víctima inocente y el verdugo arrepentido, juntos en el Reino.

En síntesis: también en nuestros días la Palabra de Jesús es espíritu y vida. El grano de trigo, al morir, da la vida. María Goretti es símbolo y garantía, aun en nuestros días, de la presencia de Cristo, salvador y redentor. Le siguió por gracia, y por gracia fue su testigo fiel, en la plenitud del misterio pascual de muerte y de resurrección.

## ORATIO

Niña de Dios, tú que conociste pronto la dureza y la fatiga y las breves alegrías de la vida, tú que fuiste pobre y huérfana, tú que amaste al prójimo incansable-

mente haciéndote sierva humilde y atenta, tú que fuiste buena sin enorgullecerte, que amaste el amor sobre cualquier otra cosa, tú que derramaste la sangre para no traicionar al Señor, tú que perdonaste a tu asesino, deseándole el paraíso, intercede por nosotros junto al Padre, a fin de que digamos «sí» al designio de Dios sobre nosotros.

Tú que eres amiga de Dios y le ves cara a cara, obténnos de él la gracia del testimonio evangélico, siempre y por doquier. Te agradecemos, Marietta, el amor a Dios y a los hermanos que sembraste en nuestro corazón (*de la oración de Juan Pablo II*).

## CONTEMPLATIO

María Goretti no es «la santa de los cinco minutos». Lo fue durante toda su vida, breve, escondida y silenciosa, encerrada en el lapso de poco menos de doce años. Fue la suya una vida preciosa por estar modelada sobre la de Jesús, en el misterioso retiro de Nazaret. Doce años de vida familiar acompasados por la oración y por el trabajo, y ofrecidos con la transparencia de las virtudes evangélicas, transfiguradas plenamente en la hora del martirio.

De ello son testigo sus palabras, nacidas de la vida cotidiana, fragantes de mansedumbre y de humildad del corazón. Palabras florecidas en sus labios, conservadas y referidas con admiración por quienes la vieron crecer, en la escuela del Espíritu Santo. Citemos algunas de sus expresiones, recordadas en el proceso de canonización.

A la muerte de su padre: «Ánimo, mamá, no tengas miedo, que ya nos hacemos mayores. Basta con que el Señor nos conceda salud. La Providencia nos ayudará. ¡Lucharemos y seguiremos luchando!». «Mamá, no te preocupes; Dios no nos abandonará».

Y para animar a su madre: «Ahora pensaré yo en llevar adelante la casa». «Mamá, ¿cuándo recibiré la comunión?». A su hermana Teresa: «Teresa, ¿cuándo volveremos a recibir a Jesús?». A Alejandro: «Pero ¿qué haces, Alejandro? Dios no está contento, vas a ir al infierno».

Apenas salida del quirófano, le susurra a su madre: «Mamá, querida mamá, ahora estoy bien... ¿Cómo están mis hermanos y hermanas? ¿Estarás aquí esta noche?». A María la devora la sed y le pide a su madre: «Mamá, dame una gota de agua». El capellán del hospital la asiste paternalmente y, en el momento de darle la sagrada comunión, la interroga: «María, ¿perdonas de todo corazón a tu asesino?». Ella, reprimiendo una instintiva repulsión, le responde: «Sí, le perdono por el amor de Jesús, y quiero que él también venga conmigo al paraíso. Quiero que esté a mi lado... Que Dios le perdone, porque yo ya le he perdonado».

## ACTIO

Repite y medita durante el día estas palabras:

*«Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey»*  
(Lc 23,42).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El símbolo más distintivo de la espiritualidad gorettiana es, ciertamente, el buen gobierno de la casa [...]. La enseñanza es evidente: el camino de la santidad es posible realizarlo en familia, en el servicio humilde y puntual, en la oración y en el respeto: un camino hacia Dios encontrado en la vida diaria. La «espiritualidad de la casa» nos recuerda la vida de la sagrada familia de Nazaret, y Marietta se convierte en imagen de este mensaje para nuestro tiempo.

Santa María Goretti nos deja precisamente como recuerdo de su paso por la tierra tres casas. En Corinaldo está su casa natal; en Le Ferriere, la casa del martirio: dos lugares que hablan por sí solos y que se han convertido ahora en centros de oración y de meditación. Falta en la lista la casa de Paliano. Es el eslabón que falta en esta tríada gorettiana. María Goretti vivió tres años en la casa de Paliano. Allí encontró a Alessandro Serenelli, su futuro agresor, y a los padres pasionistas, beneméritos en el reconocimiento de la santidad de María (G. Alberti, *Maria Goretti*, Roma 2000, p. 263).

# San Benito

11 de julio

Benito (Nursia, c. 480 – Montecassino, c. 547) fue el «fundador» del monacato occidental. Cautivado e impulsado por el Espíritu, abrazó en su edad juvenil un período de absoluta soledad en una cueva de Subiaco; su fama le atrajo algunos discípulos, para los que organizó la vida cenobítica. Primero, en pequeños monasterios y, después, en el célebre cenobio de Montecassino. Su *Regla* resume sabiamente la tradición monástica oriental y la adapta con discreción al mundo latino. Esta «escuela de servicio al Señor» se construye en torno a la lectura amorosa de la Palabra de Dios (*lectio divina*), a la liturgia de alabanza desarrollada de manera coral y al trabajo realizado en un clima de caridad fraterna, de humilde y obediente servicio.

## LECTIO

### Primera lectura: Proverbios 2,1-9

<sup>1</sup> Hijo mío, si acoges mis palabras  
y almacenas mis mandatos,  
<sup>2</sup> prestando atención a la sabiduría  
y abriendo tu mente a la prudencia;  
<sup>3</sup> si invocas a la inteligencia  
y llamas a la prudencia,  
<sup>4</sup> si la buscas como al dinero  
y la desentierras como un tesoro,

<sup>5</sup> entonces comprenderás el temor del Señor  
y hallarás el conocimiento de Dios.

<sup>6</sup> Porque el Señor concede la sabiduría  
y de su boca brotan saber y prudencia.

<sup>7</sup> Él almacena sensatez para el hombre recto,  
es escudo para el de conducta cabal.

<sup>8</sup> Cuida las sendas del derecho  
y guarda el camino de los fieles.

<sup>9</sup> Entonces comprenderás  
el derecho, la justicia y la rectitud,  
todos los caminos del bien.

➔ El texto bíblico presenta una lista de instrucciones dirigidas por un padre a su hijo a fin de exhortarle a adquirir ese bien precioso que es la sabiduría. Sólo una búsqueda apasionada de ésta permite establecer una recta relación con YHWH («*el temor del Señor*»), que proporciona la sabiduría y protege al sabio.

A estas palabras hacen eco las del prólogo de la *Regla benedictina*, que empieza precisamente así: «Escucha, hijo, los preceptos del Maestro e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso...». Acoger la Palabra de Dios es, por consiguiente, el camino seguro para configurarse con Cristo, Sabiduría del Padre.

## Evangelio: Juan 15,1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <sup>1</sup> Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. <sup>2</sup> El Padre corta todos los sarmientos unidos a mí que no dan fruto y poda los que dan fruto, para que den más fruto. <sup>3</sup> Vosotros ya estáis limpios, gracias a las palabras que os he comunicado. <sup>4</sup> Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros. Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo, sin estar unido a la vid, y lo mismo os ocurrirá a vosotros, si no estáis unidos a mí.

<sup>5</sup> Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto;

porque sin mí no podéis hacer nada. <sup>6</sup> El que no permanece unido a mí, es arrojado fuera, como los sarmientos que se secan y son amontonados y arrojados al fuego para ser quemados.

<sup>7</sup> Si permanecéis unidos a mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis. <sup>8</sup> Mi Padre recibe gloria cuando producís fruto en abundancia, y os manifestáis así como discípulos míos.

➔ Jesús, que quiere explicar a sus discípulos la relación vital con la que están ligados a él, emplea una imagen muy entrañable para todo israelita: la vid, planta familiar para todos y bien conocida por los cuidados que requiere del agricultor. De este modo, Jesús se autorrevela como «*la vid verdadera*», de la que «*el Padre es el viñador*» (v. 1). Sólo permaneciendo unidos a él da fruto todo sarmiento; sin esta unión, se seca y es destinado a ser consumido por el fuego (cf. v. 6).

La insistencia con la que se usa el verbo «permanecer» subraya que se trata de un vínculo imprescindible: sólo quien «permanece», vive y se vuelve fecundo; quien se separa, muere. La condición requerida para esta fecundidad es acoger y realizar la Palabra de Jesús; los frutos esperados son las obras buenas que glorifican al Padre.

## MEDITATIO

Los pastores que, guiados por el Espíritu, tropiezan con el joven Benito –que ya ha pasado largos años en una austera soledad– encuentran en él a un hombre «nuevo», renacido del silencio y de la profunda escucha de la Palabra, capaz de convertirse ahora en guía de otros buscadores de Dios.

En los textos propuestos por la liturgia encontramos los elementos característicos, más aún, fundadores, de la espiritualidad que ha animado a las comunidades

monásticas engendradas por Benito. Antes que nada, la búsqueda apasionada de Dios, que se revela al corazón dispuesto a escuchar y custodiar la Palabra. De este modo se llega a conocer a Jesús como la verdadera Sabiduría del Padre, como el verdadero y único tesoro al que nada se debe anteponer. Sólo permaneciendo unidos a él de manera estable podremos llegar a ser verdaderamente sus discípulos y dar fruto. La belleza y la fecundidad de la vida cristiana se pueden desplegar así en oración de alabanza y de intercesión, en paz laboriosa que se convierte en generosa hospitalidad con los hermanos y da testimonio de la alegría de cuantos viven juntos en el amor, sin preferir nada a Cristo.

## ORATIO

Aquí estamos, oh Dios, con el oído del corazón arriado a tu corazón a fin de asentir a todas tus palabras como hijos que se sienten amados por su Padre bueno y quieren corresponder a su amor. Aquí estamos, como te decimos, pero tú ves cuán inestables nos mostramos aún en la fe y cuán frágiles en la caridad. Haz que los unos seamos para los otros signo y sacramento de tu mansedumbre y de tu bondad, a fin de dar testimonio a este mundo, dividido por tantos odios y discordias, de la dulce fuente de alegría que supone amarse como hijos del único Padre, servirse y honrarse mutuamente en tu santo Nombre. Amén.

## CONTEMPLATIO

Y el Señor, que busca su obrero entre la muchedumbre del pueblo al que dirige esta llamada, dice de nuevo: «¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?» (Sal 33,13). Si tú, al oírlo, respondes «yo», Dios

te dice: «Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen con falsedad. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela» (Sal 33,14-15). Y si hacéis esto, pondré mis ojos sobre vosotros, y mis oídos oirán vuestras preces, y antes de que me invoquéis os diré: «Aquí estoy». ¿Qué cosa más dulce para nosotros, carísimos hermanos, que esta voz del Señor, que nos invita? Ved cómo el Señor nos muestra piadosamente el camino de la vida. Ciñamos, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y sigamos sus caminos guiados por el Evangelio, para merecer ver en su Reino a Aquel que nos llamó (Benito, *Regla*, prólogo 14-21).

## ACTIO

Repite y medita frecuentemente durante el día esta frase de san Benito:

«*No anteponer nada al amor de Cristo*» (Benito, *Regla*, 4, 21).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Iglesia y el mundo, por diferentes pero convergentes razones, tienen necesidad de que san Benito salga de la comunidad eclesial y social y se rodee de su recinto de soledad y de silencio, y desde allí nos haga escuchar el encantador acento de su sosegada oración, desde allí casi nos alabe y nos llame a sus umbrales claustrales, para ofrecernos el cuadro de un taller del «divino servicio», de una pequeña sociedad ideal, donde finalmente reina el amor, la obediencia, la inocencia, la libertad de las cosas y el arte de usarlas bien, la preponderancia del espíritu, de la paz; en una palabra, el Evangelio. Que vuelva san Benito para ayudarnos a recuperar la vida personal,; esa vida personal de la que hoy tenemos tanto ansia y afán, y que el desarrollo de la vida moderna, a la que se debe el deseo exaspe-

rado de ser nosotros mismos, sofoca al mismo tiempo que lo despierta, decepciona al mismo tiempo que lo hace consciente.

Corría el hombre en un tiempo, en los siglos remotos, al silencio del claustro, como corría a ellos Benito de Nursia, para encontrarse a sí mismo. Hoy no es la carencia de la convivencia social lo que impulsa al mismo refugio, sino la exuberancia. La excitación, el estruendo, el carácter febril, la exterioridad, la multitud, amenazan la interioridad del hombre; le falta el silencio con su genuina palabra interior, le falta el orden, le falta la oración, le falta la paz, le falta él mismo. Para volver a tener el dominio y el gozo espiritual de nosotros mismos, tenemos necesidad de volver a asomarnos al claustro benedictino. Y una vez recuperado el hombre para sí mismo en la vida monástica, está recuperado para la Iglesia. El monje tiene un sitio escogido en el cuerpo místico de Cristo, una función preparada y urgente como nunca (Pablo VI, alocución del 24 de octubre de 1964, en AAS 56 [1964] 983-989, *passim*).

# San Camilo de Lellis

14 de julio

Camilo de Lellis nació en Bucchianico (Chieti) el 25 de mayo de 1550. Tras una juventud distraída y disipada, transcurrida como soldado de fortuna, tuvo a los 25 años una fuerte experiencia espiritual que le condujo a cambiar radicalmente de vida. Entró en dos ocasiones en el noviciado de los capuchinos, pero fue despedido a causa de una llaga que tenía en el pie derecho, que le acompañó durante toda su vida.

La experiencia que vivió en el hospital de «Santiago de los Incurables», en Roma, le abrió al conocimiento del mundo del sufrimiento y le hizo comprender que el Señor le quería al servicio de los enfermos.

Fundó la orden de los Ministros de los Enfermos, conocidos popularmente como los «camilos», dedicada por un voto especial al servicio de los enfermos.

Benedicto XIV le definió como el iniciador de una «nueva escuela de caridad», y la historia de la asistencia sanitaria le reconoce como un reformador válido. Murió en Roma el 14 de julio de 1614.

## LECTIO

### Primera lectura: Isaías 58,6-10

Así dice el Señor: <sup>6</sup> El ayuno que yo quiero es éste: que abras las prisiones injustas,

que desates las correas del yugo,  
que dejes libres a los oprimidos,  
que acabes con todas las tiranías,  
<sup>7</sup> que compartas tu pan  
con el hambriento,  
que albergues a los pobres sin techo,  
que proporciones vestido al desnudo  
y que no te desentiendas  
de tus semejantes.

<sup>8</sup> Entonces brillará tu luz como la aurora  
y tus heridas sanarán enseguida;  
tu recto proceder caminará ante ti  
y te seguirá la gloria del Señor.

<sup>9</sup> Entonces clamarás  
y te responderá el Señor,  
pedirás auxilio y te dirá: «Aquí estoy».  
Si alejas de ti toda opresión,  
si dejas de acusar con el dedo  
y de levantar calumnias,  
<sup>10</sup> si repartes tu pan al hambriento  
y satisfaces al desfallecido,  
entonces surgirá tu luz en las tinieblas  
y tu oscuridad se volverá mediodía.

➡ En claro contraste con la práctica de sus contemporáneos, el profeta Isaías afirma que el verdadero ayuno es el que conduce a un cambio interior, promoviendo la sensibilidad y el amor al prójimo, sobre todo a los pobres y a los enfermos.

La práctica de obras de caridad contiene una doble acción terapéutica. Por una parte, enciende una luz en el interior del individuo, ayudándole a comprender el sentido de la vida, a discernir los valores auténticos que favorecen el propio crecimiento y el de los otros, y, por otra, se cicatrizan las heridas presentes en el individuo, causadas por el egoísmo, la indiferencia y la violencia. Esa acción terapéutica desemboca en una relación con Dios caracterizada por una dimensión dialógica rica de afecto.

## Evangelio: Mateo 25,31-40

<sup>31</sup> Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. <sup>32</sup> Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, <sup>33</sup> y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. <sup>34</sup> Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. <sup>35</sup> Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; <sup>36</sup> estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». <sup>37</sup> Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? <sup>38</sup> ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? <sup>39</sup> ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». <sup>40</sup> Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

➡ La grandiosa escena del «juicio universal» encierra una síntesis de todo el Evangelio y de sus exigencias. Los hombres serán juzgados *según el amor*. Amor a Dios, a quien encontramos en el prójimo, sobre todo en esa franja del mismo en la que aparecen de una manera más visible los signos de la fragilidad humana: pobreza, marginación, enfermedad...

Jesús reitera todo lo que ha proclamado constantemente a lo largo de su ministerio: toda persona humana es imagen de Dios, hermano y hermana de Cristo. Todos los actos de amor auténtico hacia los pequeños, hacia los pobres, hacia los enfermos..., en el ejercicio de las llamadas «obras de misericordia», están dirigidos a la persona misma del Señor. Quien los realiza crece en el conocimiento de Dios. En efecto, sólo quien ama puede conocer al Señor, que es amor.

## MEDITATIO

La vida de Camilo fue una interpretación original de esta frase evangélica: «*Estaba enfermo, y me visitasteis*». El servicio que Camilo, guiado por la fe, prestó a los enfermos se fue transformando progresivamente en un relato admirable del amor del Dios de la ternura y la compasión.

La competencia y el amor se unen de manera armónica en los proyectos de asistencia sanitaria y pastoral organizados por Camilo. «Más corazón en esas manos», acostumbraba a decir a los enfermeros, indicando con ello que a la necesaria técnica debía ir unido un cálido sentido de humanidad.

En la curación y en el acompañamiento espiritual de los enfermos, Camilo se dejó guiar por una visión de fe que transforma a la persona enferma en sacramento de la presencia de Cristo. Ve reabiertas y dolorosas, en los que sufren, las llagas de su Señor crucificado.

Escribe su primer biógrafo, contemporáneo suyo, que el santo consideraba «tan vivamente a la persona de Cristo en ellos que a menudo, cuando les daba de comer [...], se mostraba tan reverente en su presencia como si estuviera precisamente en presencia del Señor, alimentándoles muchas veces descubierto y arrodillado.

En esta visión, el hospital se vuelve para Camilo el lugar del encuentro con su Señor. Pierde el aspecto repugnante para convertirse en su *viña*, en su *jardín* bien oliente, en su *nido*. «Su testimonio es todavía hoy una llamada a amar a Cristo, presente en los hermanos que soportan la pesada carga de la enfermedad» (Juan Pablo II, *Mensaje a la orden camiliana en el 450º aniversario del nacimiento de san Camilo*, Roma 2000).

## ORATIO

Señor, entre los caminos que me llevan a tu encuentro está el del amor a mis hermanos que viven la difícil estación del sufrimiento. Se trata de un camino privilegiado, recorrido por tu Hijo Jesús, divino samaritano de las almas y de los cuerpos. No siempre respondo a las llamadas que me diriges a través del vecino de mi casa que sufre de soledad, del anciano que ha perdido su autonomía, del enfermo del hospital que se encuentra en mi barrio.

Hazme cada vez más consciente de que mi servicio al que sufre puede transformarse en contemplación de tu rostro, de que el encuentro con el sufrimiento del otro puede liberar el amor presente en mi corazón, de que la generosidad con los hermanos y las hermanas que sufren es fuente de curación de las heridas de mi corazón y de mi espíritu, iluminación de mi mente, ocasión para hacerme más humano y estar más cerca de ti.

## CONTEMPLATIO

«No me atrevo a hablar del afecto con que servía a los pobres de Sancti Spiritus, porque sería querer dar luz al sol, pero no puedo dejar de admirarme, ni apartar de mi entendimiento que, cuando se ponía a servir un enfermo, asemejaba a una gallina sobre sus pollitos o a una amorosa madre dando vueltas al lecho de un hijo enfermo, porque como si no hubiera satisfecho a su afecto con el empleo de los brazos, y las manos, le veían continuamente encorvado, pegado al mismo enfermo, como deseando con el corazón, con el aliento, con el espíritu darle aquel refrigerio y ayuda de necesitaba. Y primero que se apartaba de la cama, le hacía cien caricias, mu-

llíale la almohada, componíale el tocador en la cabeza, ajustaba las sábanas y frazadas, aplicábale la ropa, cubríale los pies, abrigábale los lados, sin saberse apartar de él, como si fuera tirado por una oculta piedra imán, no parece hallaba el camino de dejarle, volvía una y otra vez a acomodar la cama, preguntando si estaba bien, si había menester algo, exhortábales a la paciencia, decíales muchas cosas tocantes a su salvación. No sé cómo mejor pueda representar la ternura, y afecto de nuestro padre Camilo con sus pobres, que afirmando que excedía al de una madre muy piadosa con hijo único, que le estuviese gravemente enfermo, y el que no conocía a nuestro padre, no juzgara que había ido al hospital a servir indiferentemente a todos los enfermos, mas a aquél solo que tenía delante, y que aquél era únicamente su amado, y serle de gran interés la vida de aquel pobrecito (S. Ciateli, *Vida del padre Camilo de Lellis*, Religiosos Camilos, Madrid 1988, p. 308).

## ACTIO

Repite y medita frecuentemente durante el día:  
 «*Estaba enfermo, y me visitasteis*» (Mt 25,36).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

*Los diez mandamientos (no escritos) de Camilo de Lellis:*

Yo soy el enfermo, tu dueño y señor:

1. Honrarás la dignidad y la sacralidad de mi persona, imagen de Cristo.

2. Me servirás, como madre afectuosa y tiernísima, con todo el corazón, con toda la inteligencia, con toda la fantasía, con todas las fuerzas y con todo tu tiempo.

3. Acuérdate de olvidarte de ti mismo.

4. No menciones el nombre de la caridad en vano. Hablarás preferentemente con los pies, con las rodillas y, sobre todo, con las manos.

5. No cometerás distracciones.

6. No matarás mi esperanza con la prisa, con la chapuza, la falta de preparación, la indelicadeza, la irritación, la impaciencia.

7. Me considerarás como un todo. Y te darás totalmente en lo que haces. Por eso no me encerrarás en una ficha clínica y no te esconderás detrás de tu función profesional.

8. No profanarás tu corazón con el pensamiento del dinero.

9. Desea vivamente mi curación. Métete bien en la cabeza que he entrado en el hospital para salir sano, lo más pronto posible.

10. No vacilarás en suprimir mi carga, en posesionarte de mi sufrimiento. Cuando no puedas quitarme el dolor, al menos compártelo.

Y cuando hayas hecho todo lo que tienes que hacer, cuando hayas sido lo que debes ser, cuando no te hayas echado atrás ante ninguna ocupación fastidiosa y ninguna tarea repugnante..., no te olvides de darme gracias (A. Pronzato, *Todo corazón para los enfermos. Camilo de Lellis*, Sal Terrae, Santander 2000, p. 407).

# San Buenaventura

15 de julio

Buenaventura nació en Bagnoregio, en el Lazio, entre 1217 y 1221. Siendo niño, fue curado por san Francisco de una grave enfermedad. Estudió en la Universidad de París, donde enseñó más tarde. Allí encontró a los frailes menores, y en 1243 entró en la orden. Convertido en ministro general, la dirigió durante diecisiete años con sabiduría y equilibrio, en medio de fuertes tensiones. Además de una biografía de san Francisco, escribió muchas obras de teología y de mística, armonizando de una manera profunda la ciencia con la fe. Estas obras le merecieron el título de «doctor seráfico». Tras ser nombrado cardenal y obispo de Albano, contribuyó al acercamiento entre latinos y griegos en el segundo Concilio Ecuménico de Lyon, durante cuya celebración murió, el 15 de julio de 1274.

## LECTIO

### Primera lectura: Eclesiástico 15,1-6

- <sup>1</sup> Así hace el que teme al Señor;  
y el que abraza la ley alcanza la sabiduría.
- <sup>2</sup> Ella le saldrá al encuentro como una madre,  
y lo recibirá como una esposa virgen.
- <sup>3</sup> Lo alimentará con pan de prudencia,  
le dará a beber agua de sabiduría.
- <sup>4</sup> Si se apoya en ella no vacilará,  
si se abraza a ella no quedará avergonzado;

<sup>5</sup> ella lo exaltará sobre sus compañeros,  
y en medio de la asamblea lo llenará de elocuencia.

<sup>6</sup> En ella encontrará dicha y corona de alegría,  
y recibirá en herencia un nombre eterno.

► El *Sirácida* se ocupa aquí del tema de la búsqueda y conquista de la sabiduría. La actitud que se requiere para obtenerla es el temor del Señor, concebido como fe, como fidelidad a la Torá (v. 1). Ésta, mucho más que una ley, es la misma revelación de Dios a su pueblo.

A la sabiduría se le aplican las categorías matrimoniales que usan los profetas para hablar de la relación entre Dios e Israel: además de «madre», es «esposa», compañera de vida (v. 2; cf. Sab 8,2.9). No traiciona nunca y sale continuamente al encuentro de los hombres (cf. Sab 6,16), aunque, en realidad, quien la desea no debe cesar de buscarla nunca (cf. 6,27). No le defraudará en sus expectativas y en su confianza, sino que será para él alimento (v. 3) y apoyo (v. 4), le dará autoridad y supremacía (v. 5; cf. Sab 8,10-12.14ss) y le permitirá gozar siempre de sus frutos: nombre eterno (cf. Sab 8,13), contento y alegría, sentimiento importante este último para Ben Sirá, que presenta una concepción serena y optimista de la vida (v. 6; cf. 1,10; 4,12; 6,28).

## Evangelio: Mateo 5,13-16

En aquel tiempo dijo Jesús: <sup>13</sup> Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres. <sup>14</sup> Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. <sup>15</sup> Tampoco se enciende una lámpara para tapanla con una vasija de barro, sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. <sup>16</sup> Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

➔ Los discípulos que acogen la lógica del sermón del monte, en cuyo interior sitúa Mateo los dos *logia* de Jesús, se convierten en sal y luz del mundo. La sal, que da sabor a los alimentos (*cf.* Job 6,6) y los preserva de la corrupción (*cf.* Bar 6,27), es comparada en la tradición judía con la Torá, que funda la alianza perenne capaz de conservar y dar sabor a la vida en la relación con Dios (*cf.* Nm 18,19; Lv 2,13; 2 Cro 13,5). También la luz recuerda a la Ley, que Isaías ve iluminar con su esplendor a los pueblos que concurren a Jerusalén (*cf.* Is 2,2-5; 60,1-3).

Jesús aplica estas imágenes a la vida de los discípulos, que, si es auténtica y se adhiere a él, sabiduría de Dios (1 Cor 1,24) y luz del mundo (Job 8,12), se vuelve proclamación eficaz del Evangelio (v. 16). Como él ha revelado a Dios que es luz (*cf.* 1 Jn 1,5), así también ellos están llamados a hacer manifiesta la bondad del Padre, so pena de incurrir en la más completa inutilidad si esconden su propio testimonio en el oportunismo.

## MEDITATIO

Dios, luz inaccesible, nos sale continuamente al encuentro y desea revelarse a nosotros. Nos alcanza en lo concreto de nuestra historia en Jesús, fuente de una existencia luminosa y fecunda. Como cristianos, hemos sido llamados a comunicar a los que se nos acercan y a toda la humanidad el sentido y el gusto que asume la vida en relación con él y a hacer visible la fuerza transformadora del Evangelio. De este modo, nos volvemos profetas, punto de referencia, imagen evidente de la posibilidad de vivir el amor nuevo, el que Jesús nos enseñó e hizo conocer.

El Señor nos dice: «*Vosotros sois la sal de la tierra; [...] Vosotros sois la luz del mundo*». Se trata de la declaración de una identidad, y nosotros la creemos por su palabra,

aunque a menudo nos parezca que la contradice la experiencia de nuestra poquedad y nos resulte fácil ceder a la desconfianza frente a nuestra realidad, que se presenta oscura e insignificante.

Estas dos afirmaciones de Jesús nos revelan lo que somos, pero, al mismo tiempo, constituyen la indicación de un camino que debemos recorrer, de un testimonio que se acredita y se renueva a lo largo del curso de toda nuestra vida. Buenaventura fue un maestro en esto, trazando un itinerario a través del cual se nos ayuda a caminar hacia Dios, y lo hizo con la autoridad de quien no sólo ha indagado y discutido, sino también probado y experimentado. Se situó delante de todo con una mirada sapiencial, capaz de captar toda criatura como parte de un único canto armonioso que manifiesta a Dios y en el que también las realidades aparentemente distantes entre sí encuentran su unidad en una profundidad diferente. Supo reconocerlas como expresión de una luz no originariamente propia, sino recogida, recibida y reflejada, y así comprendió plenamente su valor.

## ORATIO

«*Yo soy la vid verdadera*» (Jn 15,1). ¡Oh Jesús, vid benigna, ven! ¡Oh Señor Jesucristo, árbol de la vida situado en el centro del paraíso, tus hojas son medicinales, tus frutos son para la vida eterna! ¡Oh flor y fruto bendito de la bendita rama –que es la purísima Virgen María–, sin ti nadie es sabio, porque tú eres la sabiduría del Padre eterno. Dígnate alimentar con el pan del intelecto y con el agua de la sabiduría mi débil y árida mente.

Abre, oh llave de David, y se me entreabrirán las oscuridades. Irrígame, oh luz verdadera, y se despejarán mis tinieblas. Manifestándote e ilustrándote en ti mismo, por medio de mí, concédenos, a mí, que hablo, y a los que

me oyen, poseer la vida eterna. Así sea (Buenaventura de Bagnoregio, *Opusculi mistici*, Milán 1956, p. 259).

## CONTEMPLATIO

La soberana sabiduría está escrita en el libro de la vida, que es Jesucristo, en quien Dios Padre escondió todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Por eso, el Unigénito de Dios como Verbo increado es el libro de la sabiduría, es la luz de la mente del sumo Artista, llena de razones vivas y eternas; como Verbo inspirado, ilumina los intelectos de los ángeles y de los santos; como Verbo encarnado, irradia las mentes racionales unidas a la carne. De este modo, la multi-forme sabiduría de Dios desde él y en él reverbera por todo el Reino, como a través de un espejo de belleza que incluye todas las especies y toda luz, y como libro donde, según el misterio de Dios, están descritos todos los misterios.

¡Oh! Si yo pudiera encontrar este volumen del origen eterno, y de la esencia incorruptible, de la sabiduría que es vida y de la escritura imposible de cancelar! Este libro cuya meditación es deseable, fácil su doctrina, dulce su ciencia, inescrutable su profundidad, inexpresables sus palabras, este libro cuyas palabras son en el fondo un solo verbo. En verdad, «*quien me encuentra, encuentra la vida y alcanza el favor del Señor*» (Prov 8,35) (Buenaventura de Bagnoregio, *Opusculi mistici*, Milán 1956, p. 121ss).

## ACTIO

Repite y medita durante el día con frecuencia:

«*Vosotros sois la sal de la tierra; [...] Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5,13ss).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si no queremos ser como las «*tinieblas [que] no le recibieron*», debemos recuperar nuestra unidad, redescubrir la fe como plenitud del existir, del obrar y del pensar. Éste es el testimonio de san Buenaventura, éste es el camino que él ha completado, recibiendo en su vida al Verbo divino. La inhabitación es lo que hace posible todavía hoy esa experiencia cristiana. Al apóstol Tomás, que le pregunta adónde va y cómo puede conocer el camino, Cristo le dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). No es posible reducir la búsqueda de la Verdad a un mero ejercicio mental, porque por su propia naturaleza es más; la razón, para ser verdadera, no puede negar la fe. Más aún, debe constituir para ella la posibilidad de una mayor conciencia, y, viceversa, la fe no puede renunciar a la razón si no quiere caer en el fideísmo. Cada uno de nosotros debe realizar su propio itinerario hacia el Absoluto, pero en el trayecto nos ayudan los que han llegado a la meta antes que nosotros.

Hoy más que nunca necesitamos acercarnos a los que han demostrado estar en la luz, porque a menudo «el ojo de nuestra mente, ante las cosas más claras de la naturaleza, es como el ojo del murciélago ante la luz». En efecto, acostumbrado a las tinieblas de los seres y a las imágenes sensibles, cuando contempla la luz radiante del Sumo Ser le parece que no ve nada, sin comprender que la oscuridad es, sin embargo, la máxima luz para nuestra mente, como cuando el ojo queda cegado ante una luz demasiado viva» (Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*). San Buenaventura va por delante de nosotros como testigo de la posibilidad que tiene el hombre de pensar la Verdad, de obrar el Bien, y nos invita a caminar hacia la Luz; en esto consiste la actualidad de su experiencia como hombre y como creyente (F. Gambetti, «L'esperienza umana e cristiana di san Bonaventura», en *Vita Minorum* 1 [1993] 60ss).

# Nuestra Señora del Carmen

16 de julio

La devoción a la Virgen del Carmen hunde sus raíces en un lugar y en un tiempo bien precisos. El lugar es el monte Carmelo, cadena montañosa de Galilea, que se asoma al mar por un alto promontorio y por el otro lado da a la llanura de Esdrelón. *Karmel* significa «jardín» en hebreo. Es el monte santo, lugar de la oración y donde moró Elías, cantado en la Escritura por su belleza. En este monte –y más precisamente en uno de sus valles–, algunos de los cruzados venidos de Occidente dedicaron, a comienzos del siglo XIII, una iglesia a la Virgen María, poniendo bajo su protección la Regla de vida que les había dado Alberto, patriarca de Jerusalén y tomando el título de Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

Desde aquel momento, la figura de la Virgen, Madre y Hermana, acompaña a la historia del Carmelo, de sus santos y de sus santas. Se trata de una historia de favores de la Virgen y de santidad de los miembros de su orden. El Carmelo ha contemplado en María a la Virgen purísima, a la Madre espiritual, a la Estrella del mar. Ha recibido como don, para extenderlo a todos los devotos, el escapulario, signo de protección y de alianza, prenda de salvación eterna.

Se eligió la fecha del 16 de julio porque el 17 de julio del año 1274, el segundo Concilio de Lyon sancionó la permanencia de la orden (que debía ser suprimida). La conmemoración fue extendida a toda la Iglesia por Benedicto XIII en 1726.

## LECTIO

### Primera lectura: Proverbios 8,17-21.34ss

<sup>17</sup> Yo amo a los que me aman,  
y me encuentran los que me ansían.

<sup>18</sup> Riqueza y honor me acompañan,  
bienes duraderos y justicia.

<sup>19</sup> Mi fruto es mejor que el oro puro;  
mis productos mejores que plata escogida.

<sup>20</sup> Camino por sendas de justicia,  
por senderos de derecho,

<sup>21</sup> para brindar bienes a los que me aman,  
y acrecentar sus tesoros.

<sup>34</sup> Feliz el hombre que me escucha,  
velando a mis puertas día tras día,  
vigilando las jambas de mi puerta.

<sup>35</sup> Quien me encuentra, encuentra la vida,  
y alcanza el favor del Señor.

➔ La tradición eclesial, especialmente la medieval, acogió en la liturgia algunos textos sapienciales de la Escritura y los aplicó a la Virgen María, *Sedes sapientiae*. La sabiduría, representada por María, en la plenitud de su humanidad, como mujer guiada por el Espíritu, propone a sus devotos un pacto de amor. El amor a la sabiduría, también en esta personificación mariana, es recompensando con dones espirituales que superan las riquezas de este mundo. Se trata, por consiguiente, de una invitación a la búsqueda, a la escucha de la divina sabiduría, a caminar por el sendero de la justicia y de la equidad, virtudes típicas de la religiosidad del pueblo judío; pero, también, de una invitación a vivir en medio de una sencilla honestidad, que convierte al creyente en una persona sabia ante Dios y ante los hombres.

El amor a la sabiduría llena de bienes a todos los que la encuentran y viven en comunión con ella. Los verbos usados en este texto son típicos de este amor: escuchar, velar, vigilar. Estas palabras se encuentran asimismo en la *Regla* carmelitana –síntesis de su espiritualidad y fuente de santidad– como actitudes de consagración al culto de la divina sabiduría, pero tienen un reflejo mariano, en los comentarios más autorizados de la tradición mística carmelitana, a partir de la Edad Media, a través de una relectura mariana de la *Regla*.

### **Evangelio: Mateo 12,46-50**

En aquel tiempo, <sup>46</sup> aún estaba Jesús hablando a la gente cuando llegaron su madre y sus hermanos. Se habían quedado fuera y trataban de hablar con él. <sup>47</sup> Alguien le dijo:

–¡Oye! Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, que quieren hablar contigo.

<sup>48</sup> Respondió Jesús al que se lo decía:

–¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

<sup>49</sup> Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:

–Éstos son mi madre y mis hermanos. <sup>50</sup> El que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

➔ El encuentro de María con Jesús en medio de su predicación es un momento importante de la revelación de la identidad del Maestro de Nazaret y de la de su madre, acompañada en este episodio por algunos parientes. María aparece siempre en el evangelio en comunión con todos, y conduce a la comunión con el Hijo. Ahora bien, el paso desde la fraternidad-familiaridad puramente natural a la espiritual, que María vive ya (como Lucas ha demostrado en su evangelio de la infancia), se vuelve ahora evidente en las palabras del Hijo.

La pregunta retórica de Jesús, consciente de la presencia de su familia natural y de la necesidad de proclamar la novedad de su relación con él en otro ámbito, es por lo menos significativa. Se trata de poner de manifiesto el necesario paso que se ha dado ahora con la nueva familia que el mismo Jesús está formando con sus discípulos: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» (v. 48). Su respuesta, en una revelación que forma también parte constitutiva de la nueva fraternidad que acontece mediante la acogida de Jesús, de su Palabra, es claramente indicativa: «Éstos son mi madre y mis hermanos» (v. 49). Se ensancha el círculo de los familiares de Jesús, porque supera las medidas del clan y de la familia natural. Y así se establece la nueva relación de consanguinidad que es la vida de la Palabra y, en concreto, el cumplimiento de la voluntad del Padre celestial.

María, la sierva, la discípula, la madre que se ofrece por completo a fin de que se cumpla la voluntad del Padre, es el ejemplo sumo de esta comunión familiar con Jesús, a través del vínculo de la Palabra escuchada y vivida, como con frecuencia subrayan los Padres de la Iglesia. También el cristiano engendra en sí mismo a Jesús mediante el cumplimiento de la Palabra. Corresponde muy bien a la espiritualidad del Carmelo, toda ella centrada en la escucha, meditación y contemplación de la Palabra, la visión de María que presenta a Jesús sus verdaderos hermanos e hijos suyos, instruidos por ella en el cumplimiento de la voluntad del Padre.

## MEDITATIO

La búsqueda de la sabiduría, la escucha de la Palabra y el cumplimiento de la voluntad de Dios son temas que iluminan el sentido más verdadero de la devoción a la Virgen del Carmelo, según la más pura y genuina tradición de la orden.

Antes incluso de ser Santa María del Monte Carmelo para el pueblo fiel, o sea, la imagen familiar que presenta el escapulario a las almas del purgatorio para llevarlas al cielo, María es, en la espiritualidad del Carmelo, la custodia de la Palabra, la Virgen del silencio y de la oración, la Madre de la contemplación y de la vida mística. Es la que lleva a los fieles, como guía sabia, por los senderos de la santa montaña, conduciéndolos hasta la cumbre que es Cristo. Como Madre espiritual, engendra a sus hijos a la vida de gracia en la Iglesia, pero los acompaña asimismo con el ejemplo y la intercesión, y con una delicadeza absolutamente materna, en cada etapa de la vida espiritual, a través de las noches oscuras y los días luminosos de la vida. Y, siempre en la línea del Evangelio, marca más profundamente, en aquellos que se dejan plasmar por su presencia y acción materna, una santidad completamente mariana, interior en la contemplación, generosa en el servicio.

María, sede de la sabiduría, nos conduce a Cristo, sabiduría viva, y forma discípulos y discípulas de la divina sabiduría. María, discípula del Señor, reúne y forma discípulos y discípulas de la divina Palabra, nueva savia vital que nos hace, con y como la eucaristía, miembros consanguíneos del mismo cuerpo de Cristo.

## ORATIO

Oh, Virgen santísima, Madre del Creador y Salvador del mundo, abogada de los pecadores. Es justo que, después de haber dado gracias a Jesucristo, Hijo tuyo y Redentor mío, por haberse entregado con amor por mí, pecador, y por haberme entregado su santísimo cuerpo, también te dé gracias a ti, Reina celestial, porque de ti tomó la humanidad este Verbo divino, tu Hijo y mi Dios y Creador. Con humildad suplico tu clemencia, porque eres Reina del cielo y Madre de la misericordia y de este

misericordioso Señor, y –puesto que de la plenitud de tu gracia reciben de ti redención los prisioneros, consuelo los afligidos, perdón de sus pecados los pecadores; obtienen gracia y gloria los justos, salud los enfermos y grande gloria los ángeles– te suplico que me comuniqués tu benevolencia, oh Señora y Madre de la misma gracia y misericordia. Tú, oh Señora, eres la escala del cielo, la estrella del mar, la puerta del paraíso, la esposa del Padre eterno, la madre del Hijo y el tabernáculo del Espíritu Santo, sellada por el Padre con su poder, por el Hijo con su sabiduría y por el Espíritu Santo con su bondad (Jaime Montañés, carmelita español del siglo XVII, citado en E. Boaga, *Con Maria nelle vie di Dio. Antologia della marianità carmelitana*, Roma 2000, p. 100).

## CONTEMPLATIO

Tras Jesucristo, y sin duda a la distancia que media entre lo infinito y lo finito, hubo también una criatura que fue una magna alabanza de gloria a la Santísima Trinidad, que respondió plenamente a la elección divina de la que habla el apóstol. Ésta fue siempre «pura, inmaculada, irrepreensible» a los ojos del Padre tres veces santo. Su alma es tan sencilla y los movimientos de su espíritu tan profundos que no podían ser advertidos. Parece reproducir en la tierra la vida propia del ser divino, del Ser simple. Al mismo tiempo, es tan transparente y luminosa que podría ser comparada con la luz. Con todo, no es más que el «Espejo» del Sol de justicia, *Speculum iustitiae*.

«*La Virgen conservaba estas cosas en su corazón*». Toda su vida puede resumirse en estas pocas palabras. Vivía en su corazón. A tal profundidad, que la mirada humana no puede seguirla. Cuando leo en el evangelio que María «*recorrió a toda prisa las montañas de Judea*» para ir a cumplir su ministerio de caridad junto a su

prima Isabel, la veo pasar enormemente bella, con gran calma y majestuosa, recogida por completo en sí misma con el Verbo de Dios.

Su oración, como la de él, también fue siempre ésta: «*Ecce – Aquí estoy*». ¿Quién? «*La esclava del Señor, la última de las criaturas*», ella misma, su Madre. Se mostró tan verdadera en su humildad porque se olvidó siempre de sí misma y fue siempre libre de sí misma, y por eso podía cantar: «*El Poderoso ha hecho obras grandes por mí. En adelante, las naciones me proclamarán bienaventurada*» (Isabel de la Trinidad, «Último retiro», 15, en íd., *Scritti*, Roma 1988, p. 659 [existe edición española de sus *Obras completas* en Editorial de Espiritualidad, Madrid 1986]).

## ACTIO

Que la Virgen María esté presente en nuestro pensamiento y en nuestro corazón:

«*Salve, Madre, llena de la santa alegría*».

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Las distintas generaciones del Carmelo, desde los orígenes hasta hoy, han intentado plasmar su propia vida siguiendo el ejemplo de María: por eso, en el Carmelo, y en toda alma movida por el tierno afecto a la Virgen y Madre santísima, florece la contemplación de ella, que ya vive en sí lo que todo fiel desea y espera realizar en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Por eso, los carmelitas y las carmelitas han elegido justamente a María como propia patrona y madre espiritual. Ella es la Virgen purísima que guía a todos al perfecto conocimiento e imitación de Cristo. Florece así una intimidad de relaciones espirituales que incrementan cada vez más la comunión con Cristo y con María [...]. Ella no es sólo modelo para imitar, sino también una dulce presencia de Madre y Hermana en quien confiar [...].

Este rico patrimonio mariano del Carmelo se ha convertido con el tiempo, a través de la difusión del escapulario, en un tesoro para toda la Iglesia [...]. Éste se convierte en signo de «alianza» y de comunión recíproca entre María y los fieles: traduce, en efecto, de una manera concreta la entrega de su Madre que Jesús, en la cruz, hizo a Juan, y en él a todos nosotros, y la entrega del apóstol predilecto y de nosotros a ella, constituida en nuestra Madre espiritual.

De esta espiritualidad mariana, que plasma interiormente a las personas y las configura con Cristo, primogénito entre muchos hermanos, constituyen un espléndido ejemplo los testimonios de santidad y de sabiduría de tantos santos y santas del Carmelo, todos ellos criados a la sombra y bajo la tutela de la Madre (Juan Pablo II, *Carta a los padres generales de la familia del Carmelo*, 25 de marzo de 2001, con ocasión del 750º aniversario de la entrega del escapulario).

# Santa María Magdalena

22 de julio

María, tal vez natural de Magdala, una pequeña aldea situada a orillas del lago de Genesaret, es una de las mujeres de las que atestiguan el evangelio que sirvieron y siguieron a Jesús durante su vida pública. De ella se dice asimismo que, liberada de la opresión demoníaca, fue fiel al Maestro hasta los pies de la cruz y más allá... Mientras permanecía llorando ante el sepulcro vacío de su Señor, oyó que el Resucitado la llamaba por su nombre, y se convirtió en su primer testigo; fue enviada, en efecto, por él a anunciar a los hermanos la victoria pascual de Cristo.

## LECTIO

### **Primera lectura: Cantar de los cantares 3,1-4a**

<sup>1</sup> En mi lecho, por la noche,  
busqué al amor de mi alma;  
lo busqué y no lo encontré.

<sup>2</sup> Me levanté, recorrí la ciudad,  
las calles y las plazas,  
buscando al amor de mi alma;  
lo busqué y no lo encontré.

<sup>3</sup> Me encontraron los centinelas  
que rondaban por la ciudad:  
«¿Habéis visto al amor de mi alma?».

<sup>4</sup> Pero apenas los había dejado,  
encontré al amor de mi alma.

➡ Al asumir el Cantar de los cantares en el canon de los libros inspirados, Israel –y después la Iglesia– reconoció no sólo la consagración del amor entre el hombre y la mujer, sino mucho más: la expresión simbólica del amor de Dios por su pueblo. También el alma sedienta de Dios conoce las largas noches de su silencio, de su incomprensible ausencia, que la purifican de aquello que daba ahora por descontado, de toda satisfacción reductora (v. 1).

En la inquietud se despierta el deseo del Señor y se vuelve búsqueda apasionada, vital (2a). Es menester perseverar en esta tensión (v. 2b), pedir humildemente ayuda y consejo (v. 3) y, después, ir más allá, en la conciencia de que Dios puede orientarnos a él. Entonces, él mismo se hará presente a quien no se canse de buscarlo en la noche con corazón ardiente (v. 4).

## Evangelio: Juan 20,1.11-18

<sup>1</sup> El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada. <sup>11</sup> María, en cambio, se quedó allí, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, volvió a asomarse al sepulcro. <sup>12</sup> Entonces vio dos ángeles, vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

<sup>13</sup> Los ángeles le preguntaron:

–Mujer, ¿por qué lloras?

Ella contestó:

–Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

<sup>14</sup> Dicho esto, se volvió hacia atrás y entonces vio a Jesús, que estaba allí, pero no lo reconoció. <sup>15</sup> Jesús le preguntó:

–Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién estás buscando?

Ella, creyendo que era el jardinero, le contestó:

–Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo misma iré a recogerlo.

<sup>16</sup> Entonces Jesús la llamó por su nombre:

–¡María!

Ella se acercó a él y exclamó en arameo:

–¡*Rabboni*! (que quiere decir «Maestro»).

<sup>17</sup> Jesús le dijo:

–No me retengas más, porque todavía no he subido a mi Padre; anda, vete y diles a mis hermanos que voy a mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios, que es vuestro Dios.

<sup>18</sup> María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció:

–He visto al Señor.

Y les contó lo que Jesús le había dicho.

➔ El amor de María de Magdala no muere bajo la cruz. Jesús le había devuelto la vida en plenitud y desde aquel momento ella había vivido para él (*cf.* Lc 8,2). Tras la hora trágica del Viernes Santo, María permanece fiel a aquella entrega absoluta, obstinadamente consagrada a la búsqueda de Aquel a quien ama: Nada puede apartarla de su objetivo: ni siquiera el descubrimiento de la tumba vacía.

Esta mujer es figura de la Iglesia-esposa y de toda alma que busca a Cristo y no tiene otra cosa para ofrecer que las lágrimas del amor. El Señor se deja encontrar por quien le busca de este modo. Resucitado y vivo, se acerca a quien sabe permanecer en la soledad junto al misterio incomprensible (v. 11a). Sin embargo, sólo podemos reconocerle cuando nos llama por nuestro nombre y nos hace sentir que nos conoce hasta el fondo. Este mismo conocimiento de amor no está destinado a una satisfacción personal, sino que es un don que nos hace testigos ante los hermanos a fin de llevar a

todos el anuncio pascual (v. 17ss), la alegría verdadera, una vida nueva transfigurada por el encuentro con el Señor.

## MEDITATIO

Como toda figura evangélica, también María Magdalena es tipo del discípulo de Cristo. En ella vemos el luminoso testimonio de quien, perseverando en la búsqueda de Dios, aunque sea en la oscuridad de la fe y en la prueba de la esperanza, encuentra por fin a Aquel a quien ama o, mejor aún, es encontrado por él.

En efecto, Cristo, el buen pastor, es desde siempre el primero en buscarnos y permanece esperándonos. Espera que el deseo del corazón se purifique, se vuelva ardiente y consume con su fuego toda la escoria que hay en nosotros. Espera que nuestros ojos se vuelvan capaces de reconocerle en quien nos rodea, y nos vuelva atentos a su voz, una voz que siempre nos llama por nuestro nombre. También nosotros, como María Magdalena, exultaremos de alegría ante su presencia, que nunca es asible, sino poseída o prevista. Sólo quien ha conocido la larga noche de la espera y del deseo puede convertirse en testigo creíble entre los hermanos de una fe que no es vana.

## ORATIO

Santa María Magdalena, viniste a Cristo, fuente de misericordia, derramando muchas lágrimas: tenías una sed ardiente de él y fuiste abundantemente saciada. Fue él quien, siendo pecadora, te justificó; fue él quien, en tu dolor tan amargo, te consoló dulcemente. Ardiente enamorada de Dios, en mi timidez, vengo a implorarte a ti,

que eres bienaventurada; yo, que vivo en mi oscuridad, a ti, que eres luminosa; yo, que soy pecador, a ti, que has sido justificada: acuérdate, en tu bondad, de lo que fuiste y de la necesidad de misericordia que tuviste. Obténme la compunción del ánimo puro, las lágrimas de la humildad, el deseo de la patria celestial. Me sirve de ayuda la familiaridad de vida que tuviste y sigues teniendo aún con la fuente de la misericordia. Hazme llegar a ella, a fin de que pueda lavar mis pecados; dame de beber de ella, para que quede saciada mi sed (Anselmo de Canterbury, *Orazioni e meditazioni*, Milán 1997, pp. 381-383, *passim*).

## CONTEMPLATIO

María ha buscado, aunque en vano. Sin embargo, no se da por vencida y acaba encontrando: su esfuerzo se ve coronado al fin por el éxito.

¿En qué momentos buscamos al Amado? Le buscamos en las noches [...]. ¿Por qué llega Dios así, con retraso? Para permitirnos estrecharlo con más fuerza en el momento de su venida. El deseo no es auténtico si el tiempo consigue debilitarlo. Demuestra poseer un amor ardiente quien desiste del compromiso sólo cuando ha obtenido la victoria.

El ser que no busca el rostro del Creador permanece insensible, triste y frío. Quien desea ardientemente buscar a aquel a quien ama vive de un ardiente amor; la falta de su Señor le vuelve inquieto, y las alegrías que ayer encantaban a su espíritu, hoy le parecen odiosas. La herrumbre del pecado se disuelve y su espíritu, encendido como oro, recupera en la llama el esplendor que el tiempo había ofuscado (Gregorio Magno, *Homilías sobre el Evangelio XXV, 2-5, passim*).

## ACTIO

Repite y vive a menudo hoy estas palabras:

«*Si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura*»  
(2 Cor 5,17).

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«¿A quién buscas?» La pregunta de Jesús resucitado a María de Magdala puede sorprendernos también a nosotros cada mañana y a cada hora de nuestra vida. ¿Eres capaz de decir a quién buscas de verdad? En efecto, no siempre está claro que buscamos a Jesús, al Señor. No siempre aquel a quien queremos encontrar es precisamente aquel que quiere entregarse a nosotros. María buscaba al hombre Jesús, buscaba al Maestro crucificado, por eso no veía a Jesús el Viviente delante de ella. Si tenemos una idea de Jesús a la medida de nuestra pequeña mente humana, nuestra búsqueda acaba en un callejón sin salida. Jesús es siempre inmensamente más que lo que nosotros conseguimos pensar y desear. ¿Dónde, pues, y cómo buscar al Señor para salir del túnel de nuestros extravíos y de nuestros miedos, para no engañarnos dando vueltas alrededor de nosotros mismos en vez de correr derechos hacia él? Sólo si antes tenemos una verdadera y justa valoración de nosotros mismos como criaturas pobres podremos descubrir la presencia de aquel que lo sostiene todo. Aquel a quien buscamos debe ser verdaderamente el todo al que anhela adherirse nuestra alma. Buscar a Cristo es signo de que, en cierto modo, ya le hemos encontrado, pero encontrar a Cristo es un estímulo para continuar buscándolo.

Esta actitud no se plantea sólo al comienzo del camino espiritual, sino que lo acompaña hasta la última meta, puesto que la búsqueda del rostro del Señor es su dato esencial. Conocer a aquel por quien somos conocidos: eso es lo indispensable. El itinerario del conocimiento de Cristo coincide con el mismo itinerario de la fe y del amor. El yo debe aprender a callar y a escuchar; el corazón debe aprender el camino del exilio para alejarse de todo cuanto lo mantiene apegado a sus viejos y tristes amores (A. M. Cánopi, *Nel mistero della gratuità*, Milán 1998, p. 21 ss).

# Santiago

25 de julio

Santiago, llamado «el mayor», era hijo de Zebedeo y de Salomé (Mc 15,40; Mt 27,56) y hermano mayor de Juan el evangelista. Junto con él fue llamado entre los primeros discípulos de Jesús, y siempre se le cita entre los tres primeros apóstoles en el Nuevo Testamento.

Fue testigo privilegiado de la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,37), de la transfiguración de Jesús (Mt 17,1) y de la agonía de Jesús en Getsemaní (Mt 26,37). Fue decapitado hacia el año 44, en tiempos de Herodes Agripa, en los días de la Pascua (Hch 12,1-3).

## LECTIO

### **Primera lectura: Hechos de los apóstoles 4,33.5.12.27b-33; 12,1b**

En aquellos días, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor y hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los trajeron y los condujeron a presencia del consejo, y el sumo sacerdote los interrogó:

—¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.

Pedro y los apóstoles replicaron:

–Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero». «La diestra de Dios lo exaltó haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión con el perdón de los pecados». Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.

Ellos, al oír esto, se consumían de rabia y trataban de matarlos, y el rey Herodes hizo decapitar a Santiago, hermano de Juan.

➔ La primera lectura de la solemnidad de Santiago, patrón de España, presenta a nuestra consideración la idea del testimonio de la resurrección de Jesús por parte de los apóstoles. Este testimonio, mandato expreso del Señor, no puede ser encadenado por ninguna instancia humana, porque el testigo debe obedecer a Dios antes que a los hombres. Y puede hacerlo gracias al Espíritu Santo, «*que Dios da a los que le obedecen*». Esta obediencia llevó a Santiago a derramar su sangre, corroborando con ello su testimonio, su «martirio».

## Segunda lectura: 2 Corintios 4,7-15

Hermanos: <sup>7</sup> este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros. <sup>8</sup> Nos acosan por todas partes, pero no estamos abatidos; nos encontramos en apuros, pero no desesperados; <sup>9</sup> somos perseguidos, pero no quedamos a merced del peligro; nos derriban, pero no llegan a rematar-nos. <sup>10</sup> Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. <sup>11</sup> Porque nosotros, mientras vivimos, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. <sup>12</sup> Así que en nosotros actúa la muerte, y en vosotros, en cambio, la vida.

<sup>13</sup> Pero como tenemos aquel mismo espíritu de fe del que dice la Escritura: *Creí y por eso hablé*, también nosotros cree-

mos, y por eso hablamos, <sup>14</sup> sabiendo que el que ha resucitado a Jesús, el Señor, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos dará un puesto junto a él en compañía de vosotros. <sup>15</sup> Porque todo esto es para vuestro bien; para que la gracia, difundida abundantemente en muchos, haga crecer la acción de gracias para gloria de Dios.

➔ El mensaje central de esta segunda lectura podríamos resumirlo de este modo: «*Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús*» (v. 10a). Lo que Pablo dice por experiencia directa, lo aplica literalmente la liturgia al apóstol cuya solemnidad celebramos hoy: de Jesús a Pablo y de Pablo a Santiago, y así sucesivamente, se va creando, a lo largo de la historia, la cadena de los testigos o, mejor aún, de los «mártires» en sentido propio.

Puede decir que lleva la muerte de Jesús en su propio cuerpo no sólo quien recibe la gracia excepcional de derramar la sangre por amor a Cristo y a los hermanos, sino también quien, día tras día, vive con seriedad y serenidad la radicalidad evangélica. Quien realiza esta experiencia puede hablar en nombre de Jesús, puede decir que es siervo del Evangelio por lo que anuncia, pero sobre todo por lo que hace y por cómo vive: «*Creí y por eso hablé*» (v. 13).

La palabra de los testigos no sólo es significativa, sino también eficaz: precisamente porque tiene la elocuencia de la experiencia vivida, de la sangre derramada, del martirio padecido.

## **Evangelio: Mateo 20,20-28**

En aquel tiempo, <sup>20</sup> la madre de los Zebedeos se acercó a Jesús con sus hijos y se arrodilló para pedirle un favor.

<sup>21</sup> Él le preguntó:

—¿Qué quieres?

Ella contestó:

–Manda que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda cuando tú reines.

<sup>22</sup> Jesús respondió:

–No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?

Ellos dijeron:

–Sí, podemos.

<sup>23</sup> Jesús les respondió:

–Beberéis mi copa, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes lo ha reservado mi Padre.

<sup>24</sup> Al oír esto, los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. <sup>25</sup> Pero Jesús los llamó y les dijo:

–Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen. <sup>26</sup> No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor, <sup>27</sup> y el que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. <sup>28</sup> De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.

➔ Mateo nos refiere en esta página de su evangelio, tal vez con una sutil ironía, la petición que la madre de los Zebedeos –Juan y Santiago– presentó a Jesús. Si bien estamos dispuestos a mostrarnos un tanto indulgentes con la madre, lo estamos ciertamente un poco menos con los dos hermanos, que con una excesiva rapidez se declaran dispuestos a compartir con Jesús el cáliz, la copa, que ha de beber. Afortunadamente, Jesús sabe cambiar en bien lo que, humanamente hablando, podría parecer fruto de la intemperancia y de la precipitación. El discurso se convierte de hipotético en profético: Jesús predice la muerte que Santiago padecerá por su fidelidad radical al Maestro y al Evangelio.

Y no sólo esto, sino que de este diálogo –que, por otra parte, suscita el desdén de los otros apóstoles– extrae Jesús también una lección de humildad para todos los

que quieran seguirle por el camino del Evangelio. La grandeza de los discípulos de Jesús puede y debe ser valorada con unidades de medida bastante diferentes a las que conoce el mundo. En la escuela de Jesús se aprende a subvertir la escala de valores y a considerar válido sólo lo que lo es a los ojos de Dios. Precisamente, según el ejemplo que nos dejó Jesús: siendo rico, se hizo pobre; aun siendo Señor, se hizo siervo-esclavo; siendo maestro, aprendió a obedecer al Padre; siendo sacerdote, se hizo víctima por amor.

## MEDITATIO

«*El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos*» (Mt 20,28). Es más que lícito que nos preguntemos qué psicología brota de una afirmación autobiográfica como ésta, y la respuesta no puede ser equívoca. Estamos frente a un gran don que Jesús ha hecho a sus discípulos de ayer y de hoy, ofreciéndoles la posibilidad de penetrar en su corazón de Hijo inmolado por amor, en su espiritualidad de Cordero inmolado en rescate de los hermanos.

Todo esto es lo que se expresa mediante la metáfora del «servicio», un término que ha de ser bien entendido: hemos de rescatarlo de todo tipo de servilismo, de toda abdicación pasiva a la propia libertad, y hemos de inscribirlo en el horizonte de una total expropiación personal y de una entrega completa de nosotros mismos al Padre. La luz de esta afirmación de Jesús se difunde, obviamente, por todo el Evangelio.

Jesús, sin embargo, se presenta también como siervo «*de muchos*», a saber: de todos los que el Padre le ha confiado como hermanos, oprimidos por el pecado, pero abiertos al don de la liberación. El cáliz de la pasión, que Jesús acepta libremente de manos del

Padre, sólo espera ser saboreado también por aquellos por los que el Maestro de Nazaret lo bebió hasta las heces.

## ORATIO

Tu ley, Señor Jesús, es el signo de tu realeza: tú nos quieres obedientes porque sólo a través de la obediencia –como tú mismo demostraste– se llega a rey.

Tu ejemplo, Señor Jesús, manifiesta tu profunda identidad de Hijo: Hijo de Dios Padre que vive y expresa siempre su propia sumisión en su plena disponibilidad.

Tu Palabra, Señor Jesús, ilumina nuestro camino: el que tú nos muestras no vale sólo para ti, sino también para todos los que, libremente, te han elegido como maestro y te siguen con alegría por el camino del Evangelio.

Tu martirio, Señor Jesús, lo fuiste viviendo en cada momento de tu vida: quien ha aprendido a conocerte a través de las páginas evangélicas sabe que, para ti, ser siervo significaba vivir del todo para Dios y del todo para los hermanos.

Ésta es la «*ley real*» de la que habla el apóstol Santiago en su carta.

## CONTEMPLATIO

El objetivo de los dos discípulos [Juan y Santiago] es obtener el primado respecto a los otros apóstoles. [...] ¿Os dais cuenta de cómo todos los apóstoles son aún imperfectos? Tanto los dos que quieren elevarse sobre los diez como los diez que tienen envidia de ellos. Ahora bien, fijémonos en cómo se comportan a continua-

ción y les veremos exentos de todas estas pasiones. [...] Santiago no sobrevivirá mucho tiempo. En efecto, poco después del descenso del Espíritu Santo, llegará su fervor a tal extremo que, dejando de lado todo interés terreno, llegará a una virtud tan elevada que morirá inmediatamente (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de Mateo*, Roma 1967, pp. 98 y 99ss).

## ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día estas palabras:

«*El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir*» (Mt 20,28).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Las fiestas de los santos proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles. A esta función de ejemplaridad ha querido unir siempre la Iglesia el reconocimiento de la intercesión de los santos en favor de sus hermanos los hombres. Éste es el motivo por el que, desde siempre, ha aceptado y fomentado gustosa la designación de determinados santos como patronos para los diversos pueblos.

La liturgia de la misa de Santiago, patrono de España, no hace sino corroborar esta misma idea. Santiago, que «bebió el cáliz del Señor y se hizo amigo de Dios», fue siempre, junto con su hermano Juan y con Pedro, uno de los apóstoles que gozó de las mayores intimidades de Jesús. Y si bien su acción en el evangelio no adquiere el relieve de la de los otros dos predilectos, fue él quien primero selló con su propia sangre la entrega al Señor y a la predicación de su doctrina. Esta misma acción, tras su muerte, es reconocida por nosotros en favor de «los pueblos de España», precisamente como respuesta a su elección como patrono. Pero, al mismo tiempo que reconocemos gustosos su acción en el pasado, pedimos de cara al futuro que, así como

él mantuvo su entrega plena a Jesús hasta el sacrificio de su propia vida, así también, «por el patrocinio de Santiago, España se mantenga fiel a Cristo hasta el final de los tiempos» (<http://sagradafamiliadevigo.net>).

# San Joaquín y santa Ana

26 de julio

El evangelio apócrifo de Santiago (siglo II) reconstruye, siguiendo la filigrana bíblica de la historia de Ana, madre de Samuel (cf. 1 Sm 1, 1-28), el acontecer de los padres de la Virgen María: Joaquín, anciano sacerdote del Templo de Jerusalén, y su mujer, Ana. Éstos, después de una aparición angélica, concibieron a la futura Madre del Redentor, a la que ofrecerán más tarde en el Templo (cf. 21 de noviembre). De ninguno de ellos se dice nada en los evangelios canónicos.

## LECTIO

### Primera lectura: Eclesiástico 44,1.10-15

<sup>1</sup> Hagamos el elogio de los hombres ilustres, de nuestros antepasados por generaciones.

<sup>10</sup> Pero hubo también hombres honrados cuyas virtudes no han sido olvidadas.

<sup>11</sup> Una rica herencia nacida de ellos pervive en sus descendientes.

<sup>12</sup> Su descendencia sigue fiel a las alianzas, y también sus nietos, gracias a ellos.

<sup>13</sup> Por siempre permanecerá su descendencia, y su gloria no se marchitará.

<sup>14</sup> Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su apellido vive por generaciones.

<sup>15</sup> Los pueblos proclaman su sabiduría,  
y la asamblea celebra su alabanza.

➔ El bien permanece. Es más, de generación en generación, parece constituirse un depósito fecundo, un capital precioso del que se puede disponer sin que nunca se agote. Más aún: el bien realizado en y por hombres virtuosos teje la auténtica trama de la historia de la salvación, hasta que llegue el tiempo en el que el fruto esté maduro. En efecto, sin la colaboración del hombre, Dios no interviene en el tiempo con su acción poderosa y redentora. La fidelidad del Señor se fundamenta en el cielo, pero se arraiga en la tierra gracias a los que permanecen fieles a las promesas: promesas de Dios al hombre y del hombre a Dios, en virtud de la gracia, única garantía de la alianza en la criatura.

### **Evangelio: Mateo 13,16ss**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: <sup>16</sup> Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos; <sup>17</sup> porque os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

➔ El cumplimiento de las promesas es la visión: generaciones de profetas y de justos han construido escalón a escalón una historia de confianza, de espera y de esperanza, y son dichosos porque esta fe les sitúa entre los que, sin haber visto y oído, creyeron y apostaron su vida por la Palabra de la alianza. El hoy de los discípulos tiene la unicidad de la bienaventuranza privilegiada del ver y escuchar la Vida misma, la Salvación en acto, la Palabra encarnada. Ellos son el último eslabón de la generación que hereda las promesas y el primero de la que deberá transmitir el testimonio del cumplimiento.

## MEDITATIO

Joaquín y Ana eran justos y estaban limpios de toda mancha de pecado; llevaban una vida piadosa; llevaban, por consiguiente, ante Dios y ante los hombres, una conducta inocente, inmune de calumnia y llena de piedad. Se mostraban celosos en la oración, en el ayuno y en la abstinencia, devotos a la ley; formaban una familia asidua al Templo, llena de caridad, incansable en el trabajo y, en consecuencia, muy rica en bienes. Dividían en tres partes el rendimiento anual de sus fatigas: destinaban la primera parte al Templo de Dios, a los sacerdotes ministros del Templo; la segunda parte la dividían entre los pobres y los indigentes; la tercera parte era para ellos, para la familia y para los huéspedes. Habían regulado su vida de este modo en todo, y habían vivido juntos piadosamente, dedicándose a las buenas obras durante veinte años. No tenían hijos, puesto que el seno de Ana estaba cerrado por la esterilidad. Convenía, en efecto, a la madre, y a aquella que fue el inicio de los prodigios, nacer prodigiosamente de un seno estéril, como la misma María debía traer al mundo, de una manera prodigiosa y virginal, al Verbo de Dios, y elevarse desde el escalón inferior de la esterilidad al superior del parto virginal (*Sinaxario di Ter Israel*, texto de la Iglesia armenia que se remonta al siglo XIII, en *Testi mariani del primo millennio*, Roma 1991, IV, pp. 636ss).

## ORATIO

Y Ana entonó un cántico al Señor Dios, diciendo: Elevaré un himno al Señor, mi Dios, porque me ha visitado (cf. Gn 21,1), y ha alejado de mí los ultrajes de mis enemigos, y me ha dado un fruto de su justicia (Prov 11,30) a la vez uno y múltiple ante Él.

¿Quién anunciará a los hijos de Rubén que Ana amamanta a un hijo? Sabed, sabed, vosotras, las doce tribus de Israel, que Ana amamanta a un hijo (Cántico de Ana, del *Protoevangelio de Santiago*).

## CONTEMPLATIO

Sobre los padres de la Virgen María se posaron la bendición y la gracia celestial. Éstas salieron de los justos y fueron transmitidas a través de las generaciones hasta posarse en María, la cual recibió el misterio.

El justo Joaquín y Ana, su mujer, estaban tristes porque no habían tenido hijos. Sin embargo, Dios se mostró benévolo con ellos, acogió su súplica y les dio una hija amada y bendita.

Joaquín oraba ante Dios, pidiéndole una prole que consolara su vejez: «Señor, que diste esperanza a Abrahán y después de cien años le concediste un heredero de la promesa, no prives mi vejez de un fruto, sino bendíceme con la bendición de Abrahán; todo es fácil, en efecto, a tu voluntad» (*de un texto antiguo de la Iglesia siro-oriental*).

## ACTIO

Repite y medita durante el día este proverbio bíblico: «*El fruto del justo es un árbol de vida*» (Prov 11,30).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La figura de santa Ana nos recuerda la casa paterna de María, Madre de Cristo. Allí vino María al mundo, llevando en ella el misterio extraordinario de la inmaculada concepción. Allí estaba rodeada del amor y de la solicitud de sus padres: Joaquín

y Ana. Allí «aprendía» de su madre, precisamente de santa Ana, cómo ser madre. Y aunque, desde el punto de vista humano, María había renunciado a la maternidad, el Padre celestial, aceptando su entrega total, la agració con la maternidad más perfecta y más santa. Cristo, desde lo alto de la cruz, transfirió en cierto sentido la maternidad de su madre a su discípulo predilecto, e igualmente a toda la Iglesia, a todos los hombres.

Cuando, como «herederos de la promesa divina» (cf. Gal 4,28.31), nos encontremos en el radio de la maternidad de María, y cuando experimentemos su santa profundidad y plenitud, pensemos que fue precisamente santa Ana la primera en enseñar a María, su hija, cómo ser madre. «Ana» significa en hebreo: Dios «ha mostrado su gracia». Reflexionando sobre este significado del nombre de santa Ana, exclamaba así san Juan Damasceno: «Ya que estaba determinado que la Virgen María, Madre de Dios, nacería de Ana, la naturaleza no se atrevió a adelantarse al germen de la gracia, sino que esperó a dar su efecto, que naciese como primogénita aquella de la que había de nacer el primogénito de toda la creación» (Juan Pablo II, *Discursos*, diciembre de 1978).

# Santa Marta

29 de julio

Marta es la hermana de María y de Lázaro de Betania. En el evangelio sólo se la nombra en tres episodios (cf. Lc 10,38-42; Jn 11,1-44; Jn 12,1-11), y en todos ellos se resalta su actitud dinámica, su acogida afectuosa a Jesús y su esmero en servirle. Por otra parte, se dice que Marta, María y Lázaro eran muy amigos de Jesús, el cual, a su vez, también les quería mucho. Entre los personajes del evangelio, Marta –junto con Pedro– es la única en confesar de manera explícita y completa su fe en Jesús como Mesías enviado por el Padre. Santa Marta es modelo de mujer laboriosa y patrona de los hosteleros.

## LECTIO

### **Primera lectura: Proverbios 31,10-13.19-20.30ss**

<sup>10</sup> Una mujer de valía, ¿quién la encontrará?

Es más preciosa que las perlas.

<sup>11</sup> Su marido confía en ella

y no le faltarán ganancias.

<sup>12</sup> Le trae beneficio y no perjuicio  
todos los días de su vida.

<sup>13</sup> Busca lana y lino,

y trabaja con mano solícita.

<sup>19</sup> Aplica sus manos a la rueca

y sus dedos sostienen el huso.

<sup>20</sup> Tiende su brazo al desvalido,  
alarga sus manos al indigente.

<sup>30</sup> Engañosa es la gracia, vana la hermosura;  
la mujer que teme al Señor merece alabanza.

<sup>31</sup> Ensalzadla por el éxito de su trabajo,  
que sus obras la alaben en la plaza.

➔ Esta primera lectura está tomada del breve poema con el que concluye el libro de los Proverbios. En esa composición se perfila la figura de la mujer perfecta (v. 10; cf. Eclo 26,1ss), modelo de esposa (vv. 11ss), madre y ama de casa (vv. 15.21.27ss). Las cualidades de la mujer ideal aparecen en los versículos centrales del poema (vv. 19ss) y podemos resumirlas en dos dotes: la incansable laboriosidad y la generosidad con los pobres. Estas cualidades están coronadas por el temor al Señor (v. 30a), es decir, por el amor respetuoso y delicado a Dios. A la belleza, que necesariamente es fugaz y está destinada a pasar, no se le atribuye valor alguno (v. 30b).

Las interpretaciones de este elogio de la mujer perfecta difieren; la más fidedigna parece ser esa según la cual este poema, además de presentar un modelo de mujer, describe simbólicamente la Sabiduría: situado en la conclusión del libro de los Proverbios, representa su contenido de una manera sintética, aunque completa.

## Evangelio: Juan 11,19-27

En aquel tiempo, <sup>19</sup> muchos judíos habían ido a Betania para consolar a Marta y María por la muerte de su hermano. <sup>20</sup> Tan pronto como llegó a oídos de Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro; María se quedó en casa. <sup>21</sup> Marta dijo a Jesús:

–Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. <sup>22</sup> Pero, aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios él te lo concederá.

<sup>23</sup> Jesús le respondió:

–Tu hermano resucitará.

<sup>24</sup> Marta replicó:

–Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos.

<sup>25</sup> Entonces Jesús afirmó:

–Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; <sup>26</sup> y todo el que esté vivo y crea en mí, jamás morirá. ¿Crees esto?

<sup>27</sup> Ella contestó:

–Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.

➔ El diálogo entre Jesús y Marta referido en este fragmento del evangelio forma parte del episodio de la llamada «resurrección de Lázaro» (cf. Jn 11,1ss). Como en Lc 10,38-42 y en Jn 12,1ss, destacan las actitudes opuestas de Marta y de María: la primera muestra un carácter más dinámico y concreto, que se manifiesta en salir de inmediato al encuentro del Señor; la segunda, a la que siempre se describe sentada y escuchando al Maestro, permanece en casa (v. 20).

Marta asocia, en cierto modo, la muerte de su hermano a la ausencia de Jesús en aquel momento, pero confirma asimismo su firme confianza en él como mediador infalible ante Dios (vv. 21ss). Empieza así un itinerario interior que la conducirá a una profesión de fe plenamente cristiana (v. 27), pasando a través de la declaración de su fe en la resurrección del último día (v. 24), en conformidad con la tradición judía (cf. 2 Mac 7,9.23; 12,42b-44; Dn 12,1-3). Es el mismo Jesús quien la guía en este recorrido: con una expresión típica de las autorrevelaciones divinas («Yo soy»: v. 25a; cf. Ex 3,14; Lv 19,1ss; Jn 6,35; 14,6; *passim*), el Señor hace comprender a Marta que la vida que él da supera también a la muerte. Jesús, resurrección y vida, crea en quien le recibe una condición nueva y definitiva (cf. Jn 5,24; 8,51).

Como hace en todo su evangelio, también aquí Juan recurre a términos antitéticos y juega con su doble sig-

nificado: cuando alguien da su plena adhesión a Jesús, pasa de la *muerte* física a la *vida* definitiva, eterna (v. 25b), porque quien en vida haya creído en él no padecerá la condena a la eterna separación de Dios (v. 26a). Con estas palabras se refiere el Señor al destino último y, al mismo tiempo, pone de manifiesto que, a través de él, está ya presente en el creyente el germen de la vida eterna. Jesús no se limita a revelar a Marta estas verdades, sino que le pregunta de una manera explícita su posición ante ellas (v. 26b), brindándole la oportunidad de manifestar plenamente su adhesión a la persona del Maestro, reconocido ahora como el Mesías esperado por Israel y como el Hijo de Dios (v. 27).

## MEDITATIO

Los evangelios presentan a santa Marta siempre en movimiento, como una mujer eficiente y segura de sí. Tal vez esto la conducía a dejarse atrapar demasiado por las cosas que debía hacer y a perder de vista el sentido de su trajín. Sin embargo, ante Jesús, comprende que la eficiencia no es el valor más elevado, sino que importa sólo en la medida en que está equilibrada por la acogida, por la atención al otro y por el «temor al Señor», o sea, movida por el amor; si no es así, hace correr el riesgo de separar de lo esencial, convirtiéndose en una fuente de ansiedad y de fragmentación.

Santa Marta no se relaciona con el Señor sólo haciendo algo por él, sino que se presenta ante él con una actitud de verdad y de diálogo: se le muestra tal como es, dolida por la muerte de su hermano, decepcionada por no haber sido escuchada (*cf.* Jn 11,3.21), pero también firme en la fe. Aunque no ha visto satisfecha su oración, no la emprende con Dios, no se cierra a su misterio, no duda de su bondad; más bien, se pone a la escucha del Señor y se hace disponible a caminar con él, revisando su

modo de concebir la vida y la fe. Marta se deja conducir por Jesús a través de la experiencia del dolor en un recorrido de conocimiento más profundo de sí misma, de la realidad, del mismo Señor. A quien le acoge de verdad, todo se le presenta bajo una luz nueva: vivir significa entonces habitar en el amor de Dios, en la amistad sincera y confiada con él. La vida eterna empieza ya desde ahora, y atraviesa y vivifica todas las vicisitudes humanas, incluso las marcadas por el sufrimiento.

Eso significa ponerse a la escucha de Dios y de su Palabra, como Marta, también en los momentos de incertidumbre y de duda (*cf.* Jn 11,39-41). También a nosotros nos pide el Señor una adhesión personal: «¿Crees esto?». Marta dio su respuesta; cada uno de nosotros está llamado a dar la suya.

## ORATIO

Señor, son muchas las veces que, frente a las dificultades de la vida, mi fe vacila y me dejo absorber por las mil cosas que debo hacer para huir de la desilusión y del vacío interior; o bien siento la tentación de esconder mis miedos construyéndome una fe a mi medida, adherido rígidamente a principios que considero indiscutibles y que quisiera resguardar de cualquier turbación.

Enséñame a abrir mi fe a tu imprevisibilidad, a estar disponible para el encuentro auténtico contigo, al encuentro en el que mis falsas seguridades cedan su sitio a la confianza en tus promesas. No permitas que el ritmo frenético de mis jornadas me atropelle hasta el punto de dejar de estar inspirado por el amor. Y, sobre todo, no dejes que la experiencia del dolor me aleje de ti: conviértela, más bien, en una experiencia fecunda de resurrección y de vida.

## CONTEMPLATIO

Marta, más comprometida con el desarrollo de las tareas necesarias, llega la primera [a Jesús]. María, más fina y con un ánimo más sensible, espera en casa para recibir el pésame. Marta, más sencilla, corre al encuentro de Jesús, embriagada por el dolor, que, sin embargo, soportaba con entereza. «Mi hermano –dice– ha muerto porque no estabas aquí, pues tú, con una sola orden, puedes vencer a la muerte.» [Jesús le] dice: «El que crea en mí no estará inmune de la muerte de la carne; con todo, Dios puede dar fácilmente la vida a quien quiera». Cuando dice después a Marta: «¿Crees?», exige la confesión de la fe como madre y protectora de la vida. Y ella le dice de inmediato que sí, y confiesa su fe con sutileza [...]: al usar el artículo –*el* Cristo y *el* Hijo de Dios– ha confesado claramente al único, excelente y verdadero Hijo de Dios. [El Señor] exige comprensión de la fe: ésta es un gran don cuando nace de un ánimo ardiente, y tiene tanto poder que salva no sólo a quien cree, sino también a los otros. De este modo, también Lázaro fue resucitado por la fe de su hermana, a la que el Señor dijo: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?», como si quisiera decirle: «Ya que Lázaro ha muerto, suple tú la fe del muerto. En efecto, es preciso creer firmemente a fin de ver las cosas que están por encima de la esperanza» (Cirilo de Alejandría, *Commento al vangelo di Giovanni*, Roma 1994, II, pp. 313ss, *passim*).

## ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día estas palabras:

«*Sé que todo lo que pidas a Dios él te lo concederá*» (Jn 11,22).

## PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La fiesta de Santa Marta que celebra hoy la liturgia nos pone ante este personaje del evangelio íntimamente ligado a la persona y a la misión de Jesús. Suele representar a Marta como la persona siempre atareada, la que se afana, y ello por amor a ese inefable amigo que es Cristo, que se hospeda en su casa, amigo de su hermano y de su hermana. Marta es una mujer siempre atareada y molesta, algunas veces, por las actitudes contemplativas de su hermana; de todos modos, se trata de una atareada entregada por completo a su Señor. Pero, si nos fijamos bien, esta visión y esta imagen de santa Marta están un tanto reajustadas por este fragmento del evangelio de Juan.

Es Marta quien se dirige a Jesús, con el corazón lleno de amor y de dolor por la muerte de su hermano Lázaro; es ella la que con aquella hermosa amistad, valiente y espontánea, casi reprocha al amigo: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano». Esta actitud de auténtica amistad por parte de Marta respecto a Jesús nos revela algo mucho más precioso en su ánimo que la laboriosidad atareada de una acogida puramente exterior. Existe entre Marta y Jesús una misteriosa camaradería. Marta sabe que Jesús es poderoso; se da cuenta de que el Señor lo puede todo [...]. La afectuosa amistad, la valiente libertad de Marta, nos dice mucho sobre el conocimiento que tenía de Cristo y sobre la confianza que el Señor Jesús le otorgaba. Hemos de señalar, por otra parte, que Jesús no corrige a Marta por su observación. Sí lo hizo cuando se lamentaba de la «inercia» de María. Pero en esta ocasión no. Comprende su dolor, lo comparte. El evangelio dice que Jesús mezcló sus lágrimas con las de Marta.

¡Qué misteriosa y sublime amistad! [...] El misterio de la muerte vivido en comunión de amistad conduce a Jesús a realizar una afirmación, podríamos decir, desconcertante: «*Tu hermano vivirá*». Marta comprende y no comprende. Tal vez guarde en el corazón la esperanza de un prodigio clamoroso; tal vez se refugie en la confianza en la resurrección final de los muertos. Y dice a Jesús: «Sé que resucitará, porque tú eres el Cristo, el Señor de la vida». Aquí tenemos la profesión de fe de santa Marta. María, la contemplativa, nunca dijo a Jesús: «*Tú eres el*

*Cristo, el Hijo del Dios vivo»; Marta, la atareada, sí lo hizo. Y Jesús le dejó que se lo dijera. Es posible que precisamente esta declaración de fe sobre su verdadera identidad fuera lo que provocó en él la decisión última del prodigio clamoroso (A. Ballestero, *I consacrati nella Chiesa e nel mondo. Meditazioni sull'essenziale*, Milán 1994, pp. 147ss).*

# San Ignacio de Loyola

31 de julio

Íñigo López de Loyola nació en Azpeitia (Guipúzcoa, España), en el año 1491, en el seno de una familia noble en decadencia. Su deseo de alcanzar gloria le llevó a dedicarse a la carrera militar. Fue herido gravemente en una pierna durante la defensa del castillo de Pamplona, atacado por los franceses.

Durante su convalecencia, la simple lectura de algunos libros sobre la vida de los santos y de Jesús le impulsó a la práctica de una dura ascesis, durante la cual escribió la mayor parte de sus famosos *Ejercicios espirituales*.

Tras abandonar la vida de mendicante solitario, estudió primero en España y después en París; en esta última ciudad conoció a Francisco Javier y a algunos otros, con los cuales reunió el primer núcleo de la Compañía de Jesús, grupo que dará vida a un nuevo tipo de vida religiosa, basada en la práctica de la caridad y centrada en la misión, un nuevo tipo de vida que servirá de ejemplo a innumerables congregaciones modernas.

Ignacio murió en Roma, el 31 de julio de 1556. Fue canonizado en el año 1622 junto con san Francisco Javier, su compañero de la primera hora.

## LECTIO

**Primera lectura: 1 Corintios 10,31–11,1**

Hermanos, <sup>10,31</sup> En cualquier caso, ya comáis, bebáis o hagáis otra cosa cualquiera, hacedlo todo para gloria de Dios. <sup>32</sup> Y no seáis ocasión de pecado ni para judíos ni para paganos, ni para la Iglesia de Dios. <sup>33</sup> Ya veis cómo procuro yo complacer a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de los demás, para que se salven. <sup>11,1</sup> Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.

➔ En la primera Carta a los Corintios, Pablo llama la atención de los fieles sobre muchos de los problemas cruciales del cristianismo primitivo: pureza de costumbres, matrimonio y virginidad, relaciones con los vecinos paganos. La conclusión de esta exhortación a la concordia en el pluralismo está resumida en la última afirmación: *«Ya veis cómo procuro yo complacer a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de los demás, para que se salven»* (10,33).

Ignacio nos indica el camino para conseguirlo: *Omnia ad maiorem Dei gloriam* («Haced todo para mayor gloria de Dios»). Así es como nuestro santo resume esta exhortación de Pablo a la comunidad de Corinto. Todas nuestras acciones, todo nuestro obrar –afirma Pablo– deben tener como única regla de discernimiento la gloria de Dios. ¿Cómo puedo saber si lo que hago es bueno? Basta con verificar si mis acciones dan gloria a Dios o si esconden algún interés personal.

Ya no es el comer o el ayunar, el darse a la penitencia o el ofrecer sacrificios sobre el altar: lo que cuenta es que el objetivo, el fin de nuestro comportamiento, sea cumplir la voluntad de Dios. Y voluntad de Dios es que nos esforcemos por buscar la utilidad común, a fin de que todos puedan obrar en conformidad con Cristo, dando así gloria a Dios.

## Evangelio: Lucas 14,25-33

En aquel tiempo, <sup>25</sup> como le seguía mucha gente, Jesús se volvió a ellos y les dijo:

<sup>26</sup> –Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. <sup>27</sup> El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío. <sup>28</sup> Si uno de vosotros piensa construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? <sup>29</sup> No sea que, si pone los cimientos y no puede acabar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, <sup>30</sup> diciendo: «Éste comenzó a edificar y no pudo terminar». <sup>31</sup> O si un rey está en guerra contra otro, ¿no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que le va a atacar con veinte mil? <sup>32</sup> Y si no puede, cuando el enemigo aún está lejos, enviará una embajada para negociar la paz. <sup>33</sup> Del mismo modo, aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío.

➡ El texto evangélico que nos propone la liturgia consta de dos parábolas (vv. 27-30 y 31ss) y de tres sentencias (vv. 26, 27, 33). El tema general es la exigencia que impone el seguimiento de Jesús. Las parábolas hacen pensar en el cálculo y en la astucia de los hombres de este mundo. El que construye un edificio reflexiona bien sobre su coste, del mismo modo que el rey que pretende entablar una batalla calcula bien la consistencia de sus fuerzas.

Seguir a Cristo es una empresa costosa, y las condiciones, propuestas por Jesús de una manera paradójica, tienen que ser evaluadas con atención: renunciar a las riquezas del mundo e incluso a la propia vida no resulta fácil. Estas condiciones han sido compendiadas por san Ignacio en la renuncia a la propia voluntad, hasta alcanzar la indiferencia respecto a las condiciones del seguimiento. El discípulo no tiene otra alegría que Cristo Jesús.

## MEDITATIO

Ignacio vivió en un tiempo de grandes transformaciones que afectan al modo de concebir la vida (el humanismo), la visión de la Iglesia (la Reforma protestante) y la sorpresa producida por el descubrimiento de nuevas tierras para evangelizar (los descubrimientos geográficos). Advierte que es preciso encontrar algo nuevo como respuesta a las grandes novedades de su tiempo. Sobre todo, es menester encontrar hombres nuevos, preparados, consagrados por completo a la misión.

Es preciso encontrar, asimismo, un nuevo modo de vida para estar en condiciones de hacer frente a la nueva misión. De ahí su magna síntesis: todo el hombre está al servicio de la misión, a fin de hacer progresar el Reino de Dios: un hombre desprendido de todo, que intenta descubrir y cumplir la voluntad de Dios, a través del discernimiento y de la obediencia. Un hombre ligado a otros «compañeros de Jesús» que hacen frente a los nuevos desafíos, dispuestos a estar presentes en todos los frentes, «para mayor gloria de Dios».

Ignacio está en el origen de la Compañía de Jesús, inicio de un considerable número de congregaciones religiosas que ponen la misión en el centro de su ser. Hoy puede resultar fácil admirar su modelo «activo» e inspirarse en él. Sin embargo, el secreto está en la capacidad de vivir como «contemplativos en acción», en el «sentir con la Iglesia», en el «buscar la gloria de Dios» más que nuestra propia afirmación personal.

Ignacio fue un gran maestro de espíritus, antes de ser un gran organizador. Es más, pudo organizar la misión de una manera soberbia porque supo formar hombres humildes, competentes y desprendidos de todo. Una fórmula que no ha perdido nada de su actualidad.

## ORATIO

Alma de Cristo, santifícame.  
Cuerpo de Cristo, sálvame.  
Sangre de Cristo, embriágame.  
Agua del costado de Cristo, lávame.  
Pasión de Cristo, confórtame.  
Oh buen Jesús, escúchame.  
En tus llagas escóndeme.  
No permitas que me separe de ti.  
Del maligno enemigo defiéndeme.  
En la hora de mi muerte llámame  
y mándame que vaya a ti  
para alabarte con tus santos  
por los siglos de los siglos. Amén.

## CONTEMPLATIO

### *Principio y fundamento:*

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas quanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados (Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales* 23).

## ACTIO

Repite y medita durante el día estas palabras evangélicas:

*«Aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,33).*

### PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Yo, Ignacio de Loyola, pretendo en estas líneas decir algo acerca de mí y de la tarea de los jesuitas de hoy, supuesto que aún hoy sigan sintiéndose comprometidos con aquel espíritu que en otro tiempo determinó, en mí y en mis primeros compañeros, los comienzos de esta orden.

Ya sabes que, tal como entonces lo expresaba, mi deseo era «ayudar a las almas», es decir, comunicar a los hombres algo acerca de Dios y de su gracia, de Jesucristo crucificado y resucitado, que les hiciera recuperar su libertad integrándola dentro de la libertad de Dios. Yo deseaba expresarlo tal como siempre se había expresado en la Iglesia, y realmente creía (y era una creencia cierta) que eso tan antiguo podía yo decirlo de una manera nueva. ¿Por qué? Porque estaba convencido de que, primero de un modo incipiente durante mi enfermedad de Loyola y luego de manera decisiva durante mis días de soledad en Manresa, me había encontrado directamente con Dios. Y debía participar a los demás, en la medida de lo posible, dicha experiencia.

Cuando afirmo haber tenido una experiencia inmediata de Dios, lo único que digo es que experimenté a Dios, al innumerable e insondable, al silencioso y, sin embargo, cercano. Experimenté a Dios, también y sobre todo, más allá de toda imaginación plástica. A Él que, cuando por su propia iniciativa se aproxima por la gracia, no puede ser confundido con ninguna otra cosa.

Semejante convicción puede sonar como algo muy ingenuo, pero en el fondo se trata de algo tremendo. Yo había encontrado realmente a Dios, al Dios vivo y verdadero, al Dios que merece ese nombre superior a cualquier otro nombre.

Pero, por de pronto, repito que me he encontrado con Dios, que he experimentado al mismo Dios. Dios mismo. Era Dios mismo a quien yo experimenté; no palabras humanas sobre Él. Dios y la sorprendente libertad que le caracteriza. Lo que digo es que sucedió así.

Una cosa sigue en pie: que Dios puede y quiere tratar de modo directo con su criatura; que el ser humano puede realmente experimentar cómo tal cosa sucede; que puede captar el soberano designio de la libertad de Dios sobre su vida.

¿Se trata de algo nuevo o de algo viejo? ¿Es algo obvio o resulta sorprendente? ¿Se trata de algo que haya que relegar a un segundo plano en la Iglesia de hoy y de mañana, debido a que el hombre ya casi no soporta la callada soledad ante Dios y trata de refugiarse en una especie de colectividad eclesial, cuando en realidad dicha colectividad ha de edificarse sobre la base de hombres y mujeres espirituales que hayan tenido un encuentro directo con Dios, y no sobre la base de quienes, a fin de cuentas, utilizan a la Iglesia para evitar tener que vérselas con Dios y su libre incomprendibilidad?

Una cosa, sin embargo, sigue siendo cierta: que el ser humano puede experimentar personalmente a Dios.

El verdadero precio que hay que pagar por la experiencia a la que me refiero es el precio del corazón que se entrega con creyente esperanza al amor del prójimo (K. Rahner, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, Santander 1978; pp. 4-8).